

Bibliotecas en llamas

Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política

Denis Merklen

Traducción de Heber Ostroviesky, Eduardo Rinesi,
Florencia Dansilio e Ignacio Dansilio

Cuadernos de la Lengua



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

UByD Unidad de Biblioteca
y Documentación
Secretaría de Investigación



Museo
de la Lengua


EDICIONES
UNGS

Merklen, Denis

Bibliotecas en llamas : cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política / Denis Merklen. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.

376 p. ; 21 x 15 cm. - (Cuadernos de la lengua ; 5)

Traducción de: Heber Ostroviesky ... [et al.]

ISBN 978-987-630-248-7

1. Sociología. 2. Biblioteca. I. Ostroviesky, Heber, trad. II. Título.
CDD 306.42

Título original: *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*

© Presses de l'ENSSIB, 2013

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS

Diseño de tapas: Daniel Vidable - Ediciones UNGS

Traducción: Heber Ostroviesky, Eduardo Rinesi, Florencia Dansilio, Ignacio Dansilio

Corrección: Edith Marinozzi y Gabriela Laster

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Impreso en FP Compañía Impresora

Beruti 1560, Florida (1602) Buenos Aires, Argentina,

en el mes de noviembre de 2016.

Tirada: 500 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Prefacio a la presente edición. El fuego, la letra y la palabra HORACIO GONZÁLEZ	9
Introducción: una piedra en la biblioteca	25
Nota a la edición argentina	55
Capítulo 1 Territorios en conflicto	57
Capítulo 2 Adentro y afuera. La biblioteca, la escuela y la prensa del corazón	139
Capítulo 3 Palabra escrita y revuelta popular	177
Capítulo 4 Los bibliotecarios frente a sus barrios	227
Capítulo 5 La biblioteca en el corazón de lo político	277
Capítulo 6 La lección de escritura de los sectores populares	309
Conclusión	347
Bibliografía general	361

PREFACIO A LA PRESENTE EDICIÓN

El fuego, la letra y la palabra

HORACIO GONZÁLEZ*

Me apresto a estar de acuerdo con esta admirable investigación de Denis Merklen, pero enseguida reconozco que debo atravesar varias dificultades de mi propia formación intelectual para sentirme cómodo con ese acuerdo. ¿Acuerdo e incomodidad, tal vez? Comencemos por la incomodidad. Evidentemente, aquí se juega con fuego. Esta frase popular que se me ocurre a propósito de este libro ronda y alude a un fuerte simbolismo: hay que tener cuidado con el fuego, y si de veras se quiere expresar algo a través de él, es mejor darse cuenta de que es un juego peligroso, recomendándose dejarlo de lado. O considerarlo una fuerte metáfora prodigiosa que conduce finalmente a una teoría de las pasiones. ¿Pero no lo había considerado ya Gaston Bachelard en el *Psicoanálisis del fuego* como un elemento fundante, como la maquinaria alquímica con la que trabajan los poetas –menciona a Novalis, a Rilke– para mostrar la vinculación afiebrada entre lo humano, lo orgánico y lo mineral? Evidentemente, hay entonces una historia del fuego como elemento reparador absoluto que se complace de su fuerza fascinante y bárbara, que puede ser condenado por la áspera incalculabilidad de su capacidad destructiva. Pero siempre sospechamos que alguien puede hipnotizarse por esta aptitud del fuego para generar grandiosos espectáculos, e inspirarse en él para reflexionar sobre grandes actos reparatorios, inspirados en la señal ígnea por excelencia para desviarnos de los sitiales de incomprensión por los que transcurren mayormente nuestros actos cotidianos.

* Sociólogo y ensayista. Entre 2005 y 2015 fue director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Ya que suele recelarse de algún elemento recóndito de sacralidad en cualquier fuego, por más doméstico que sea (y precisamente en este caso pudo verse el principio creador de la comunidad primera), no parece adecuado dejar de comprender la atracción con que ese *mimum* de sacralidad autorizaría para arrojar fuegos contra espacios que también reclaman su porción de sacralidad: bibliotecas, escuelas, catedrales, museos, grandes palacios, sacristías, locales políticos en tiempos de fuerte conflagración civil. No todos estos ámbitos portan insignias sacras, pero sí las bibliotecas. Tienen algo de las catedrales, pues el libro desde siempre es reconocido por sus misteriosos poderes: atraer al lector y no estar nunca inmune a la quema. Es como si el obispo de Canterbury estuviera afuera y no adentro del “Asesinato en la catedral”, según la extraordinaria visión de T. S. Eliot. En este caso, al revés, es el rey quien manda asesinarlo. Pero en el vigoroso estudio de Denis, es el Estado el que ocupa la posición interior (difunde la red bibliotecaria pública) resguardando la “sacristía”, pero no pretende tampoco ninguna sacralidad.

Alguien que no se incomodó con el fuego en las bibliotecas fue el considerado fundador de la Biblioteca Nacional Argentina: como un largo mito que recorre la historia, Mariano Moreno alude a la quema de la Biblioteca de Alejandría (episodio de la Antigüedad que se yergue como un fantasma sobre los cócteles molotov que se arrojan sobre las bibliotecas de la periferias de París), y escribe un gran documento fundador donde extrema su promesa iluminista. Si esta biblioteca recién fundada no cumpliera su función de ilustrar al pueblo, mejor sería incendiarla, dice, “como la de Alejandría”. Sin embargo, lo que estudia Denis Merklen es otra cosa, pues sus incendiarios se constituyen en tales precisamente por la forma en que las bibliotecas que toman como blanco cumplen aceptablemente las clásicas tareas de la “ilustración”. Son incendiarios nuevos, se hacen tales a partir de una trama numerosa de hechos de humillación cultural y étnica que no tienen premeditación alguna, y que tan solo se originan en el cuadro social habitual, en el modo de existencia aceptable que se concibe a sí misma como no violenta y socialmente incorporadora –“inclusiva”– pero que sin saberlo es portadora de un violencia inherente. La de la vejación por vía de la “cultura” hacia una singular mayoría de individuos a los que les dedica su esfuerzo servicial sin comprender que los acopla sigilosamente a un menoscabo cultural.

Este libro está dedicado a desmontar esta ingenua creencia bibliotecaria de que el bien tiene como contrapartida la devolución de un gesto equivalente, también fundado en el bien. Lo que se devuelve es otra cosa, no es el mal, sino lo que Merklen llama un mensaje, un pedido, un reclamo o, si se quiere, un texto-petitorio, pero enfundado en la grave grandilocuencia del fuego. Ocurre en las fronteras culturales de los suburbios de París, en esas ciudades que uno ignora, aunque las escucha pronunciar por los conductores del tren que va a los grandes aeropuertos: son nombres bellos, tiene la aureola de lo desconocido. Merklen los recorrió por dentro durante varios años desde 2007, habló con bibliotecarios y maestros, participó de ceremonias religiosas, escuchó a todos viajando en distintos transportes del lugar o yendo a pie. Vivió en esas periferias junto a esos iracundos que respetan personas y no propiedades, que poco tienen que ver con las *petroleuses* de la Comuna de París, antes, o con los atacantes de *Charlie Hebdo*, episodio ocurrido mucho después de las agudísimas observaciones de Merklen sobre las bibliotecas.

Especialmente, me gustó mucho aquella descripción de la tarea del sociólogo peregrino. Más me gustó cómo Merklen define esa tarea, que tiene el “riesgo spinoziano” de no juzgar, no reír ni lamentar un estrago: se trata de comprender lo que existe puesto que existe, de modo que si el sociólogo no es un incendiario (Roberto Carri, hace muchos años, identificado con su tema de estudio, el “bandolero social” Isidro Velázquez, se despojó de su condición de sociólogo y acusó a los que sí la seguían abrazando de más devastaciones “académicas” que las que produciría el delincuente fuera de la ley por culpa de los propios jueces), es a lo menos un sociólogo que se sumerge en lo *inacceptable* para ofrecer de esa anomalía otra inteligibilidad. Así define la tarea de esta sociología, entendiéndola entonces que sigue siendo portadora de una misión científica, pero sobre todo, de un gesto de salvación de la propia sociología gracias a un golpe de timón de naturaleza ética. Es que no se trata de ser “corresponsal de guerra” representando a aquellos que no se internan en el territorio y confían en que el que lo hace traerá las noticias del caso y sabrá condenar adecuadamente a los incendiarios. El caso es más extremo y muchísimo más incómodo que el del mencionado corresponsal, de por sí embarazoso. Se parece al caso del personaje borgeano Brodie, que hace su informe sobre el ultramundo en el que debe participar, inverso al suyo, y vuelve convencido e incluso orgulloso—lo dice en su “informe”—de que pudo “formar parte de sus filas”. Esas *otras* filas.

Merklen desea desentrañar las bases de una alteridad cultural que exige un método para que tal desciframiento se realice, y no unaseudociencia que luego de ver la catástrofe vaya al muro de lamentos del progresista básico para compartir lágrimas, denuestos y asombros bienintencionados. Todo un programa de investigación y escritura queda expuesto en la frase de Denis: “situar lo inaceptable en el centro de la reflexión”.

Lo inaceptable es la situación en un conjunto, que incluye el incendio pero también las actitudes dominantes en el mundo bibliotecario y en el de las políticas sociales, lo cual involucra las decisiones sobre la organización bibliotecaria en los actuales suburbios de París. En primer lugar, la reconversión de las bibliotecas en mediatecas, en un gesto que contiene una supuesta hipótesis favorable al acogimiento de lectores jóvenes interesados en un tipo específico de consumo cultural. En segundo lugar, la desconfianza hacia las publicaciones populares que se basan en la demolición de la frontera entre lo público y lo privado, los asuntos “del corazón” y el melodrama segregado en forma dominante por las industrias de la cultura masiva carente de textualidad y abundante en imágenes emanadas de los grandes grupos mediáticos que estandarizan de manera dramática la comprensión del mundo. Merklen está más decidido a criticar lo primero que a desaprobando lo segundo. Temas para alimentar mi propia “incomodidad”. Pero si todo quedase allí, las bibliotecas serían un ámbito radicalmente concesivo a una fórmula de consulta eminentemente basada en los giros antiintelectuales de ese tipo de publicaciones. El propósito de atraer lectores con formas de conciliación hacia gustos masivos permitiría desalienar las bibliotecas de la percepción que las interpreta como exógenas a la experiencia popular o barrial, aunque el precio de esta visión, si se absolutizara, sería demasiado alto, tanto como para borrar una herencia bibliotecaria que debe pensarse hasta sus últimas consecuencias sin abandonar cierto linaje de lecturas. Estas, de no existir o no ser promovidas, convertirían a esos establecimientos en meros “centros de documentación” o salones comunales de “construcción de ciudadanía”, aceptando tomar estos conceptos en su composición más precaria.

Es evidente que en esta investigación reina un espíritu de duda hacia lo que con frecuencia el autor denomina la “cultura letrada”, que muy fácilmente considera actos de “vandalismo” a las acciones de reclamo para la revigorización de la ensambladura social en su dimensión cognoscitiva. En este sentido, tanto ministros como bibliotecarios –o un sector mayoritario

de estos– interpretan que el libro tiene un significado “sagrado en el orden simbólico de la democracia”. Se agiganta la idea de que el mundo de la escritura es consustancial para la integración ciudadana o laboral, produciendo dos deslices inadecuados al mismo tiempo. Primero, interpretando la cultura escrita como un aspecto exclusivo de la “correcta” identidad social (es interesante el incidente que relata en el siglo XIX Victor Hugo sobre el joven que no sabe leer y actúa contra las bibliotecas de manera violenta). Segundo: ignorando todos los demás usos de la escritura que se expanden hacia la amplísima cultura de los signos que recubren el conjunto de los usos de las tecnologías neocomunicacionales. Si en un barrio periférico hay un proyecto de urbanización racionalizadora, se demuelen los viejos monoblocks con argumentos del “buen vivir” del planificador urbano, y se construye además una biblioteca que suma un proyecto ilustrado a una arquitectura de saneación, con lo que el barrio pierde su identidad, su paisajística, su signatura humana y convivencial. Temas difíciles: se los comprende perfectamente y el lector del libro de Merklen debe decidir qué clase de “incomodidad” atraviesa; si la del propio Merklen, que la hace un órgano cognoscitivo, o la del que, entendiéndolo todo, no concedería con facilidad que lo “letrado” en sí mismo –más allá de que esa expresión nace fallida, plena de recelos–, no es una trama cultural que desfallezca antes sus deficiencias, sin que de igual manera se reconozcan sus memorias largamente atesoradas.

Con aquellas reformulaciones urbanas, de las que la “nueva biblioteca documentalista” y “mediatequizada” es el símbolo, entramos a la era del urbanismo servil a las normas centrales de control de la *cit *, y esa pérdida quizás queda personificada en la modernización bibliotecaria, que entonces se convierte en un “blanco” para la percepción agresiva por parte de los jóvenes habitantes del lugar, respecto a cómo todo el proceso consistió en un confiscación de sus propios signos de cultura por los signos de la “cultura letrada”.

No parece, sin embargo, que estas justas apreciaciones deban apartarse de la idea del libro como una herencia fundamental de la civilización. Merklen no lo hace, desde luego, aunque titula lo que no le gusta con conceptos cercanos a la “sacralidad” libresca. Y esto muy bien se mantiene como una perspectiva justa de crítica sensata a los poderes y soberanías pedagógicas que suele autoatribuirse la mencionada cultura letrada. E inmediatamente, a nuestro parecer, hay que inscribir estos desarrollos de

la nueva cuestión del libro en la propia historia de este. Nunca el fuego le fue ajeno, incluso se diría que nace de él. Con estos elementos explícitos y sus consecuencias implícitas, el corazón del libro de Denis Merklen es una investigación acerca del conocimiento que poseen las personas sobre sus gustos y sobre el de los demás, a modo de una lucha interna entre las categorías perceptivas de las distancias y diferencias sociales, étnicas y religiosas. Como todo ello se da en el seno de la relación barrio-bibliotecas, los síntomas del modo de quebrarse las nociones cognoscitivas sobre lo social adquieren el particular dramatismo de ocurrir en el *locus* simbólico de las bibliotecas, lo que lleva al conflicto entre los excluidos culturales y los procesos de modernización profesional ante realidades que el Estado percibe como degradadas. Esto pone en marcha, por parte de los poderes bibliotecológicos, formas de discernimiento y autovaloraciones que se basan en la incomprensión de lo “inaceptable”.

El plan central para las bibliotecas suburbanas de París suele hacerse estas preguntas: ¿Hay barrios con mayoría de habitantes de origen magrebí, asiático, turco? ¿Hay interés en esas poblaciones por el libro clásico? ¿No interesa más que las bibliotecas organicen un curso de comida balinense aunque no haya libros de por medio? Pero estas preguntas no significan que necesariamente se vean las tensiones sociales, determinadas por un modo de interpretación cultural en el que se alojan visiones que disfrazan sus prejuicios étnicos, modos progresistas que no esconden bien su rencor latente, o disputas por el carácter de la misión bibliotecaria sometida al imperativo de adecuarse al gusto popular heterogéneo impartido por las industrias de consumo. Otra visión trivial de este bibliotecarismo de las buenas intenciones puede ser la que lleve a resguardar la formación del lector tradicional (“el lector de literatura”), que es el abstracto personaje evasivo alrededor del cual se producen conflictos netamente políticos, regidos de manera habitual por malas resoluciones de una previa cuestión étnico-cultural (“la integración de las poblaciones venidas de un exterior cultural”), tanto si se opta por el respeto absoluto a sus características de origen como si se elige proponer la forzada “integración de los extranjeros a los valores y a las prácticas culturales francesas”.

La investigación de Merklen tiene largos alcances; en verdad, tiene la gravedad de una investigación que se dirige a interrogar las bases mismas de los presupuestos que la sostienen. Cada piedra incendiaria contra los muros catedralicios de estas bibliotecas golpea también el interior acolchado de

las propias bibliotecas del investigador. “De nuestras propias bibliotecas personales”. Este efecto, dice Merklen, es desestabilizante, otra manera de reflexionar sobre lo “inaceptable”. Lo inaceptable tiene aquí el valor de lo que señala hacia lo que hay que conocer, pues no se asocia el conocimiento con lo tolerable, sino que siempre es un evento paritario de lo intolerable. Hay un *nosce te ipsum* detrás de lo inaceptable como desafío permanente del investigador, que juega con la imposibilidad de conocer para conocer, y no a la inversa. Por eso, Merklen se anima a reenviar las agresiones al aparato cultural del Estado –“agredi” proviene del magma etimológico latino que dio palabras como progreso, congreso, regresión, digresión, agresión, y que no hay duda que tiene su origen en *gradus* o *grado*, “dar pasos”–, con lo cual la agresión se convierte en un complejo de conocimientos que envuelve las acciones violentas que de inmediato conducen a un problema moral. Para Merklen, un problema moral es eminentemente lo inaceptable que el investigador asume como su materia de trabajo, y que entonces, sin queja ni lloriqueos, aceptará como sus propias categorías internas de pensamiento. Produce el inmejorable espectáculo de no juzgar lo inaceptable, pronunciando las siguientes palabras fronterizas del acto de juzgar. “Esas piedras también golpean la ventana de nuestras bibliotecas, quiero decir, aquellas donde abrevan sociólogos y políticos”.

¿Se trata de una “sobreinterpretación”? Es justo que Denis se haga esa pregunta, porque siempre para interpretar hay que sobreinterpretar, sin desdeñar la otra cara de la sobreinterpretación, que es el silencio. Son las actitudes moralmente enfrentadas y complementarias frente a lo que parece normal, aquello que cuesta remover en sus cimientos, para tornarlo “anormal”, esto es, por fin disponible al conocimiento.

Por ejemplo, Denis insiste en que estas bibliotecas –por lo menos, esas bibliotecas que estudia– son bien provistas, modernas, pero rodeadas de esquivas sociales, humanas, subjetivas, inasimilables. Copiamos un largo párrafo de uno de los capítulos, ya con el libro avanzado, en el que, como en tantos otros remansos de esta formidable investigación, se ofrecen puntualizaciones de pasaje para que el lector –ese que también es desafiado– se detenga para pensar:

En realidad, la biblioteca es un espacio clausurado por una serie de normas, entre ellas las que están inscritas en su reglamento interno, que cierran su perímetro con el objeto de posibilitar su actividad. En este sentido, no puede ser un lugar abierto

como una plaza o la vereda de una calle. Su régimen de regulación es a la vez más estricto y más preciso. Ahora bien, cabe formularse una pregunta. ¿Se puede considerar a la biblioteca como un espacio público, hablando con propiedad, es decir, en el sentido del espacio político de la democracia? La pregunta es pertinente, porque cierta confusión se presenta a partir del momento en que esas instalaciones son concebidas, a la vez en el pensamiento político contemporáneo y en el pensamiento profesional de los bibliotecarios, como un servicio público y como un espacio político cuyo objetivo es ofrecer a los ciudadanos herramientas para su integración social y para su formación política. Los libros, los discos, las películas, los periódicos están ahí, en el espacio de los barrios, para permitir que esos individuos y esas familias accedan a la cultura y dispongan de cierta cantidad de herramientas necesarias para la integración social (búsqueda de empleo, éxito escolar, educación familiar, métodos de lengua, actividades diversas). Pero las colecciones también están disponibles para permitir que cada uno explore y amplíe sus horizontes culturales, alimente su espíritu crítico, se informe, se forme, evolucione. La lectura, pero también la escucha de obras musicales o la observación de obras cinematográficas supuestamente están llenas de virtudes pedagógicas o informativas que el individuo de nuestras sociedades requiere para su desempeño social (para “tener éxito”) y para su actividad como hombre político. La República defiende su espacio y promueve su cultura al mismo tiempo que da posibilidades a los individuos de participar en su permanente redefinición. Todo lo cual la honra.

El problema viene de la presencia de las bibliotecas en esos territorios de los sectores populares que son los barrios. Porque nuestras sociedades no constituyen espacios abiertos y homogéneos donde cada individuo se pasaría en libertad. Ellas presentan más bien la forma de espacios profundamente divididos, y también espacios múltiples a veces incompatibles que se entrechocan, se yuxtaponen y se rechazan como placas tectónicas, con sacudidas más o menos periódicas y todo. Es a este marco al que la biblioteca es remitida a través de las agresiones que padece, a su papel de emblema, hasta de objeto sagrado del otro.

En este puñado de palabras yace uno de los núcleos de la discusión o el debate –inagotable– que propone este libro, que es la pregunta por esa parte “exterior a nosotros mismos” que llamamos “sectores populares” e inmediatamente imaginamos que con ese juicio sintético a priori ya estamos sumergidos en ellos. La contradicción o la paradoja de las bibliotecas –una paradoja libertaria, pues creo que el pensamiento de Merklen desemboca en una visión de la sociedad regida por ese magno vocablo– es que son una consecuencia ineludible de la República, lo que supone un libre acceso de carácter laico a todo su volumen cultural formativo e informativo, destacándose el caso de aquellas bibliotecas que más se acercan al lector que lee no el bagaje clásico sino los signos de la sociedad de “entretenimiento”, esos conjurados de la “comunicación de los desmantelados monoblocks barriales”, no desprovista de esos mismos signos culturales pero alternativos a la lectura formal. Pero, y he aquí el *pero* sobre el que reflexiona Denis, un *pero* que es de la calidad de lo “inaceptable”, estas bibliotecas “presentan más bien la forma de espacios profundamente divididos, y también espacios múltiples a veces incompatibles que se entrechocan, se yuxtaponen y se rechazan como placas tectónicas, con sacudidas más o menos periódicas y todo”.

Sobrevuela sobre estas páginas un filete autobiográfico, y se nota en sus reflexiones finales cuando recuerda un libro anterior, su primera investigación sobre las experiencias, rangos existenciales y prácticas colectivas en los barrios periféricos de la ciudad de Buenos Aires que partían de movimientos sociales de ocupación de tierras y poco a poco generaban o autogeneraban normas de convivencia; entre otras, las de cómo narrar su propia experiencia. El libro de Denis, en ese pasado que personalmente yo también recuerdo bien, fue recibido con críticas. Eran las críticas de las personas con las que había compartido esa situación de compromiso social, sus compañeros, aquellos sobre los que “investigaba”. Cuando llegó el momento de discutir el libro ya publicado, muchos habitantes del nuevo lugar ya establecido cuestionaron sus conclusiones. Se produjo una ruptura del encantamiento de aquella fusión entre el investigador y sus personajes.

La conclusión de Denis es de gran importancia para este debate y nuevamente la copiamos:

El hecho también me permitió comprobar que el movimiento se dividía, que las heterogeneidades y las fracturas emergían a medida que la ocupación dejaba de ser amenazada, que era

aceptada por el sistema político y que el juego político penetraba en el barrio. También se profundizaban algunas fracturas a medida que los dirigentes se alejaban de los vecinos, que tenía lugar una burocratización y que la comunicación escrita reemplazaba parcialmente la alocución y las relaciones cara a cara. Como bien lo vio Lévi-Strauss, el papel llega siempre bajo dos formas: la del escrito y la del dinero. Las organizaciones de los barrios se burocratizaban y los dirigentes se distanciaban de los vecinos a la misma velocidad que el Estado daba dinero y exigía la institucionalización de las organizaciones barriales que se convertían en cooperativas, mutuales o asociaciones, según cada caso. En su estudio sobre la “lengua como una escritura”, Jacques Derrida critica la separación establecida “a los hachazos”, “de Lévi-Strauss a Rousseau”, entre la palabra y la escritura, y califica de “onirismo etnocéntrico” la expresión “sociedad sin escritura”, que no respondería “por lo tanto a ninguna realidad ni a ningún concepto”. El punto es importante, porque aquí hay una problemática que atraviesa toda observación sobre los sectores populares y que también es visible en mi trabajo, desde mis primeras investigaciones sobre los asentamientos de La Matanza hasta esta sobre las bibliotecas de los suburbios parisinos. Derrida califica la distinción entre la oralidad y la escritura de “pecado original”, un error que, a su juicio, encierra el conocimiento de lo social en la hipótesis de la oposición entre un mundo ingenuo (allí donde la violencia no habría penetrado aún) y nuestro mundo (así el del antropólogo como el del sociólogo), que traería consigo la violencia que luego introduciría en el seno del primer mundo como un acto de violación. Tanto para Rousseau como para Lévi-Strauss, el mundo del escrito violenta a la naturaleza inocente de un mundo fundado en la oralidad. ¿Por qué? Porque la escritura introduciría una forma de alienación que hace del lenguaje un sistema de clasificaciones que transforma a cada persona y cada objeto en una simple posición relativa donde unos no pueden comprenderse sino con respecto a los otros. Es la perversión del “nombre propio” el que a partir de entonces se convierte en una simple clasificación: “nombrar es clasificar”. El escrito es fuente de divisiones, de jerarquía y, sobre todo, de “distanciamiento” social. Por oposición, un mundo fundado en la alocución, en las interacciones cara a cara, en la comunicación directa, sería un mundo sin dominación.

Como vemos en toda la extensión de este tramo del trabajo de Merklen, nunca podemos olvidar que su libro es una investigación que su autor llama empírica –recurriendo a la prosapia ilustre de esta palabra, otras veces reemplazada por la más complaciente “trabajo de campo”–, y que carga en sí mismo el fuerte compromiso con los debates contemporáneos, quizás de todo el siglo xx, sobre la inscripción del investigador letrado en el mundo donde hay distintos tipos de alteridad, incluso una alteridad radical, como en el caso de Lévi-Strauss en sus historia con caduveos y nambikuaras, lo que permite rastrear el hondo problema de las escrituras como interruptoras indebidas del flujo del pensar comunitario. Merklen recuerda la gran polémica de Derrida con Lévi-Strauss, en la que la escritura aparece en el centro de una condena a las sociedades primitivas, condena inevitable de la que participa el investigador que no puede remediarla, que contribuye a ejecutarla y se conduce por ella. Es conocida la gran crítica que Derrida dirigió a esas interesantes pero imposibles reflexiones de un melancólico Lévi-Strauss.

No obstante, Merklen estaría de lado lévistaussiano, por decirlo así, en el que se pone bajo sospecha a la “cultura letrada”, concepto que tiene larga tradición en las ciencias sociales, con su leve carga peyorativa (desde Max Weber a Bourdieu, desde luego menos en el primero que en el segundo), aunque en el caso de Denis se abre siempre una duda: ¿no tendrá Derrida razón? ¿No es toda conceptualización una forma etnocéntrica cognoscitiva, que en definitiva es lo que tanto podría decirle Derrida a Lévi-Strauss como Lévi-Strauss a Derrida?

Por eso tiene vigencia el dilema al que sometieron a Denis Merklen “sus colegas franceses”. ¿Estaba hablando de las barriadas populares periféricas de París bajo la mirada que había adquirido en la formación de las nuevas barriadas populares en la periferia de Buenos Aires? ¿O a la inversa? En su libro sobre las bibliotecas, Denis se esfuerza por problematizar el papel de los “letrados”, tema implícito del libro (pero no tanto cuando se incluye entre aquellos a los que les es dirigido el mensaje extraordinario de los incendios) y sin duda llega hasta los confines de lo que es admisible en términos de escepticismo sobre la palabra escrita y la lectura formal (cosa que en su máximo nivel su mismo libro exige a sus lectores), todo con el propósito de imaginar la fundación de una nueva cultura periférica hecha con signos triturados y reprocesados de las culturas ilustradas que dan instrumentos necesarios (las bibliotecas), pero a los que hay que sacudir

bajo formas extremas para que reaccionen ante las nuevas letras, las nuevas imágenes, las nuevas culturas del común.

El libro de Denis será leído en nuestro país a la luz de experiencias sociales y bibliotecológicas diferentes pero no tan alejadas a la de la situación francesa. En forma más suavizada, aquí tenemos los mismos dilemas del “incendio” como metáfora de la disconformidad, pero encerrada en petrificaciones del pensamiento profesionalista bibliotecario muy evidentes, tanto de “profesionales del libro” como de sociólogos, con las numerosas excepciones que se pueden ejemplificar en el mismo trabajo de Denis Merklen, y precisamente con su libro, que tiene también –ya lo insinuamos– un magnífico reborde autobiográfico. Es audaz en todo, y sabe cuidar de sus lectores más prudentes con una aclaración final; no quiere generalizar, quiere estudiar solo una fracción de los sectores populares, “precisamente de aquellos que se encuentran en las barrios populares de las periferias de las grandes ciudades”.

Es cierto, pero el tenor de los temas tratados (la acción colectiva contra la simbología de los libros, esos inescrutables actos de desacralización) son elementos de una discusión universal a no ser cerrada nunca y que excede generalmente a nuestros propios conocimientos. Al final, la pregunta sobre qué es la acción en relación con las palabras explica que el incendio “de la catedral” sea una forma metonímica de un habla silenciosa e implícita en el seno de un mundo tejido de disconformidades, que a un desarraigo doloroso le impone la suplencia de acciones violentas, esto es, de lo que con trágica mudez tanto se tiene por decir.

Para suscitar este sentimiento, Merklen debe tratar un difícil tema: la perplejidad siempre imaginada, pero asimismo descartada, de la sacralidad del libro. Por momentos, la investigación necesita negarla para establecer que sus personajes no quiebran ningún pacto civilizatorio; pero en su fondo último, todo el libro de Denis está cuidadosamente escrito y elaborado, y si no me equivoco, trata de formas vecinas, y a veces plenas, de esa mentada sacralidad que, no obstante, se le atribuye a las mentes más perezosas para defender una ciudadela cultural a la que siempre le falta examinarse a sí misma. Estamos leyendo en estas páginas tan bien escritas de Denis Merklen un estudio sobre las relaciones del fuego con la escritura y sobre el modo general de la violencia en el interior de las locuciones escritas y de su multiplicada significación social. También flota aquel recuerdo de su primer trabajo en la periferia pobre de Buenos Aires.

Con el libro publicado, se origina una discusión entre sus protagonistas, de la que Denis dice estar dispuesto a aprender. Desde ya. Pero al volver muchos años después a ese mismo barrio ya establecido –de periferia a periferia– percibe que su libro sigue siendo el único que los habitantes del lugar tienen en su repisa.

*A mi hermana, Moira, que me enseñó a leer y a escribir.
A mi madre y a mi padre, que fueron maestros de escuela.
A mis hijos, a quienes veo descifrar letras y palabras con pasión.
A Luciana, mi amor, que les lee una historia cada noche.*

Introducción: una piedra en la biblioteca*

Pocas personas saben que en Francia se queman bibliotecas, hecho que hasta hace muy poco ignoraban tanto el público como los especialistas. Hemos registrado el incendio de 75 bibliotecas entre 1996 y 2015, y sabemos que otras fueron atacadas desde inicios de los años ochenta.¹ ¿Por qué se incendian bibliotecas? Se trata de un hecho lo suficientemente enigmático como para que formulemos la pregunta con seriedad. La gravedad y relevancia del hecho amerita que propongamos también otra pregunta: ¿por qué nadie se interesó hasta ahora en estos incendios? El incendio de bibliotecas siempre desató polémicas, escandalizó a intelectuales, a mujeres y hombres de la cultura, generó reacciones de los políticos, despertó la curiosidad de periodistas e investigadores en ciencias sociales; ¿por qué se calla en Francia hoy en día, si este tipo de acontecimiento se repite desde hace treinta años?

El objetivo de este libro no se limita a dar a conocer un fenómeno que pasó desapercibido. Se trata de cuestionar la idea según la cual este tipo de acontecimiento se inspira en conductas insensatas o nihilistas. Para ello, el primer paso consiste en abandonar el estado de perplejidad que han asumido diferentes actores –políticos, bibliotecarios, periodistas, docentes– cada vez que una biblioteca fue blanco de este tipo de ataques. Nos proponemos, pues, pensar esas piedras que caen sobre las bibliotecas barriales como aquello que debemos tratar de comprender. Tomaremos estos ataques como mensajes de piedra y como imágenes de fuego que nos esclarecen, que nos dicen algo más sobre las bibliotecas y los barrios, sobre la relación íntima que liga a la institución y su público en su territorio.

* Traducción de Heber Ostroviesky.

¹ Ver la lista de bibliotecas incendiadas en Francia en las páginas 60-61.



Foto 1. Piedra envuelta en mensaje, lanzada contra la biblioteca de Villiers-sur-Marne, suburbios de París, a principios de los años noventa. La directora de la biblioteca, a quien estaba destinado el mensaje, conservó la piedra y me la mostró en 2008 al final de una presentación de los primeros resultados de mi investigación en la biblioteca Gulliver de Saint-Denis. Foto del autor.

La publicación de *Bibliotecas en llamas* en la Argentina y en América Latina, a través de la editorial de la Universidad Nacional de General Sarmiento, tiñe estas preguntas de un color especial. Resuenan aún más enigmáticas en un país, y en un continente, en el que el acceso a la lectura y al libro es todavía víctima de la pobreza, la desigualdad y, sobre todo, de la falta de inversión pública, en el que miles de militantes batallan por el despliegue y la consolidación de bibliotecas populares en los barrios más alejados de pueblos y metrópolis. Esperamos que la observación de los conflictos que rodean a las bibliotecas barriales en Francia sirva de espejo en el que mirar la acción de quienes batallan por el acceso a la lectura y al libro. Detrás de las bibliotecas francesas en llamas vemos acciones de las clases populares en el marco de las divisiones y conflictos que atraviesan este universo, observamos el lugar de los textos escritos en el seno de las culturas populares y urbanas, nos acercamos a las políticas culturales de los municipios, podemos ver la forma en que es percibida la acción del Estado (fundamentalmente a través de los mediadores sociales, el sistema escolar y, también, el accionar policial), observamos los conflictos entre los barrios y las instituciones implantadas en el territorio de esos barrios, los conflictos que se desatan entre bibliotecarios y habitantes, que aparecen aquí como dos *clases* de agentes sociales.

¿Por qué se queman bibliotecas? La respuesta a esta pregunta, y a otros interrogantes que están asociados a ella, exigió y justificó un prolongado trabajo de investigación cuyo primer paso nos condujo a precisar el problema. En primer lugar, debemos decir que no se trata de “autos de fe”, en el sentido que esta expresión tiene en francés.² Los incendios de los que nos ocupamos aquí no obedecen a razones ideológicas o religiosas, no se trata de actos de censura. Los incendios se inscriben en el marco de las revueltas que se desatan en los barrios populares de las grandes ciudades y que en Francia suelen ser llamadas *émeutes*,³ un fenómeno ligado al anclaje territorial de la *politividad* popular. Una primera singularidad está ligada a la localización: las bibliotecas incendiadas están todas ubicadas en barrios de las periferias urbanas, barrios en los que observamos incesantemente desde 1979 levantamientos populares o “violencias urbanas” y caracterizados, entre otras cosas, por el despliegue de incendios y apedreamientos (de autos, de instituciones públicas, a veces de comercios). Una segunda característica tiene que ver con la historicidad. Estos incendios de bibliotecas se inscriben en la historia de las *banlieues*, aunque la sociología de los barrios y de los levantamientos populares haya ignorado su existencia

² Proveniente del portugués *auto da fe*, se utiliza hoy “*autodafé*” en francés para designar la quema de libros o manuscritos por razones de censura política, ideológica o religiosa. La expresión refiere a la ceremonia practicada por la Inquisición en España por la que se ejecutaba a los impíos, por analogía se la utiliza hoy para referirse a la “supresión solemne de un objeto o libro que se condena”. *Dictionnaire de l'Académie Française*, Edición de 2001, París, Fayard, t. I.

³ Se llama en general *émeute* a los levantamientos populares localizados en barrios de monoblocks o conjuntos habitacionales de “vivienda social” como consecuencia, la mayor parte del tiempo, de la muerte de algún joven en el marco de un enfrentamiento con la policía. Los jóvenes de los barrios despliegan una especie de guerras de guerrillas con la policía durante las cuales se incendian automóviles, comercios, bienes y edificios públicos que se encuentran en el propio barrio. El primero de su tipo tuvo origen en la localidad de Vaux-en-Velin, en las afueras de Lyon, en 1979. En octubre y noviembre 2005 se dio un fenómeno generalizado de *émeutes* en unos 200 barrios en la mayor parte de las grandes ciudades de Francia, episodio excepcional que se prolongó durante tres semanas. El término *émeute* (motín) fue muy controvertido (nosotros preferimos “revuelta”) y tuvo su aparición recién en 2005; antes, la prensa, los políticos y los sociólogos hablaban de *violences urbaines*. El fenómeno corresponde bastante con lo que se conoce en inglés como *riots*. Michel Kokoreff, *Sociologie des émeutes*, París, Payot-Rivages, 2008.

hasta hoy.⁴ Así, más de veinte bibliotecas fueron incendiadas durante los levantamientos populares del otoño de 2005, y otras siete fueron incendiadas tras la elección de Nicolas Sarkozy como presidente de la República en la primavera de 2007.

La historicidad del acontecimiento

Estos apedreamientos e incendios se inscriben en el marco de tres mutaciones simultáneas. Una mutación de las clases populares por la que un segmento del mundo popular se despega del pasado obrero que lo caracterizaba y le otorgaba una cierta inteligibilidad, para definirse ahora a partir de su inscripción territorial, de su marginalidad urbana –en el sentido que la sociología latinoamericana le ha dado a esta expresión–. Una mutación de las políticas sociales y en términos más amplios de las políticas públicas, dentro de las cuales la “política de la ciudad”⁵ es uno de los elementos centrales; mutación que llevó a que el Estado cambiara su relación con las clases populares y contribuyera a la autonomía de este segmento de la sociedad conocido como las *banlieues*. Por último, una mutación política, en la que sobresale la dificultad de los partidos políticos tradicionalmente ligados al mundo obrero para movilizar a este segmento de las clases populares en el que participan quienes incendian las bibliotecas barriales.

Sin embargo, aunque se inscriba en este marco, el incendio de una biblioteca siempre constituye un acontecimiento que debe ser considerado en su carácter emergente. El acontecimiento se inscribe en una situación, pero introduce en esta una ruptura que no puede ser totalmente captada por la contextualización. El incendio de la biblioteca es un fenómeno relevante en sí. Una ruptura, un drama, un momento que marca una discontinuidad. El tiempo ya no será idéntico antes y después de la aparición nocturna de las

⁴ Del mismo modo que en la Argentina se reconoce un segmento de las clases populares designándolo como “el conurbano”, en Francia la palabra *banlieue* –que designa la periferia de las grandes ciudades como París, Lyon o Marsella– es utilizada hoy de manera corriente para referirse a un fragmento de los sectores populares.

⁵ En Francia se denomina “política de la ciudad” (*politique de la ville*) a un conjunto de políticas sociales, urbanas, habitacionales, culturales, educativas, de lucha contra el desempleo, desplegadas a escala de los barrios periféricos de las grandes ciudades y que implican, de manera transversal, a varios ministerios e instancias del Estado. Iniciada en 1982, esta política apunta a las clases populares a través del territorio y ya no a través del trabajo o la familia. Cfr. infra, nota 10, página 44.

llamas (sí, los incendios son siempre nocturnos). Su carácter excepcional se debe, al menos parcialmente, a esa forma espectacular. Y sobre todo, el hecho de que la protesta adopte la forma de un acontecimiento contribuye a que estos actos sean considerados como una forma de “violencia”. Perplejos frente a lo inexplicable, los bibliotecarios y las autoridades califican el incendio como un acto de “violencia”. De esta manera, se hablará de “bibliotecas violentadas” y de “ataques” a diferentes tipos de instituciones presentes en los barrios. La calificación misma de estos actos de protesta como “violentos” subraya una ruptura en el orden de cosas, ya que, en efecto, las llamas no son simplemente la expresión de la situación en los barrios, el resultado de la pobreza, del desempleo o del racismo –de hecho, en cuanto institución, las bibliotecas no son actores directos en esas problemáticas.

Cuando se califica un hecho cualquiera como “violencia”, se establece una ruptura en la continuidad temporal provocada por la acción. Podremos entonces preguntarnos por las causas de la violencia o sobre las motivaciones de los actores, pero, al calificar un hecho de “violencia”, introducimos una cesura retórica en la secuencia de los acontecimientos. La violencia aturde, fastidia, indigna, sorprende, nos deja perplejos. Designado como “violencia”, nos vemos obligados a considerar el incendio intencional de una biblioteca en su singularidad, como un hecho fuera de contexto. Tras el incendio de una biblioteca, los bibliotecarios, los políticos, los docentes, los habitantes, los asistentes sociales, están conmovidos, confundidos. Como no pueden comprender, hablan de la violencia de los hechos y hacen esfuerzos para borrar los rastros de la mácula y reconstruir las cosas “como antes” –para retomar la expresión que suelen utilizar los alcaldes de las ciudades en cuestión–. Como si se pudieran borrar los rastros de la violencia gracias a la reconstrucción. Como si no hubieran visto nada detrás de las llamas, como si no hubieran oído el ruido de los vidrios rotos.

Se produce entonces una doble operación simbólica que estudiaremos en profundidad. Por un lado, la calificación de acto violento desplaza a la acción de su contexto y la torna ininteligible. Se piensa que los autores de los actos tienen problemas, ya sea sociales (“son excluidos”), culturales (“es consecuencia de la inmigración”) o psicológicos (“se trata de jóvenes cuya socialización familiar fracasó y no respetan la autoridad”). Por otro lado, la calificación de la protesta como “violenta” y la respuesta posterior (“tenemos que reconstruir la biblioteca como antes”) tienden a obturar los debates y a excluir la acción del orden político.

Proponemos, por el contrario, asumir que las piedras y los cócteles molotov portan mensajes destinados tanto a las instituciones como a los vecinos del barrio. Son una suerte de intento de abrir las instituciones a una realidad que está allí mismo, del otro lado de la ventana. Ahora bien, todo hace pensar que las instituciones no pueden o no quieren mirar por la ventana rota, como si no se pudiera ver a la luz de las llamas. Cuando los jóvenes intentan abrir el espacio público, el sistema político tiende a cerrarlo al rechazar el mensaje enviado. Si en lugar de intentar leer los mensajes que cargan esas piedras, si en vez de abrir espacios de discusión, nos limitamos a condenar la violencia, entonces nos limitamos a señalar lo inaceptable. Pero el rol del sociólogo es tratar de observar a través de lo que nos horroriza, situar lo inaceptable en el centro de la reflexión.

El incendio de una biblioteca es, por lo tanto, un acto de ruptura sobre el que debemos reflexionar. Sin embargo, sabemos que estos incendios de bibliotecas también están inscriptos en la temporalidad más larga de las relaciones conflictivas que estos equipamientos culturales mantienen con los barrios donde intentan actuar. Una serie de conflictos “menores” y menos espectaculares que la destrucción e incendio de una biblioteca precede y rodea a estos acontecimientos. Desorden en las salas de lectura, conflictos cotidianos entre jóvenes y bibliotecarios, conflictos entre usuarios sobre las formas de utilizar el espacio, robo de computadoras, CD o DVD, destrucción de libros o de otros bienes, sanción y exclusión de usuarios por parte del personal, prohibición de ingresar a quienes no respetan las exigencias de la institución, llamados de los bibliotecarios a la policía para que intervenga en el barrio o en el edificio, intercambios verbales intensos entre bibliotecarios y habitantes considerados “insultantes” de una y otra parte, amenazas y, a veces, golpes y empujones, apedreamiento de vidrios, grafitis en las paredes, conflictos con grupos religiosos rápidamente interpretados como un conflicto entre la ley de la República y el individualismo (inscripto en la biblioteca) y la ley de la comunidad (representada por la religión). En síntesis, una conflictividad que revela las dificultades para instalar dispositivos de la política cultural en el territorio de las clases populares, que torna evidentes las resistencias que el Estado puede despertar cuando concibe su acción como una intervención en territorio extranjero. Después de todo, no debemos olvidar que los profesionales que ejercen en estos barrios (incluidos los bibliotecarios) son llamados “interventores” en la jerga de las administraciones que orientan la política pública. Tampoco

debemos olvidar que los habitantes de estos barrios se enfrentan a diario con un sinnúmero de instituciones de las que depende tanto su propia supervivencia como sus posibilidades de proyectarse a futuro, y que esta relación de las clases populares con las instituciones que se ocupan de ellas es probablemente la fuente principal de conflicto en estos espacios del mundo popular. En estos barrios, toda una serie de bienes y servicios esenciales son de propiedad pública y están administrados por instituciones públicas que se encuentran bajo gobierno del Estado y del personal político: la vivienda (que no es propiedad de su ocupante como en América Latina), el transporte, el agua potable, la electricidad y el gas, la vialidad y el mobiliario urbano, la cultura y los centros deportivos, instituciones para la juventud y la infancia, la educación y la salud. Todos bienes y servicios públicos en los que se resuelve en forma más o menos conflictiva la vida cotidiana de estos sectores sociales para los que una buena parte de su existencia transcurre (afortunadamente) por fuera del mercado.

“Violencia”, entonces. Aquello que se inscribe en la temporalidad de una relación conflictiva es reducido a la sorpresa provocada por el ataque. El carácter de acontecimiento del acto oculta así la trama de relaciones conflictivas que caracteriza la relación entre la biblioteca y el barrio en el que está implantada. El incendio es considerado violencia y vivido como tal, es decir, moralmente violento. Ahora bien, más allá de su carácter disruptivo, inscribiremos el incendio en la economía de las múltiples relaciones conflictivas que caracterizan los vínculos de las instituciones públicas y el Estado con los habitantes de estos barrios. Relaciones conflictivas cuyas dimensiones son diversas y que intentaremos describir para tratar de comprender lo que ocurre en el momento en que las bibliotecas se queman. La inscripción del acontecimiento en una trama conflictiva más larga, cotidiana y menos espectacular que el incendio, tal vez no sea suficiente para tornar completamente inteligible este fenómeno, pero seguramente contribuirá a sacar del estado de perplejidad a los diferentes actores implicados, usuarios y bibliotecarios en primer lugar.

El acontecimiento ocupará su lugar en la temporalidad de una serie de relaciones sociales y políticas complejas en las que la biblioteca actúa permanentemente a favor de unos y contra otros. En efecto, uno de nuestros objetivos es visibilizar la acción de la biblioteca en los barrios, una acción que apunta a transformar estos espacios. La “violencia” no será excluida ni mucho menos negada. Pero se la inscribirá en un conflicto entre dos

agentes: la biblioteca (y detrás de ella una voluntad política encarnada en la municipalidad y el Estado) y algunos habitantes que parecen querer decir algo a través de sus actos.

Los incendios de bibliotecas se inscriben pues en un marco de transformaciones y de cambios, pero constituyen al mismo tiempo una forma de acción disruptiva en el seno de una conflictividad compleja. Así como forman parte de una nueva sociabilidad de las clases populares en las periferias urbanas, los incendios dejan ver las transformaciones de la “politicidad” de estos grupos sociales. Con esta palabra, politicidad, que emplearemos con frecuencia a lo largo del texto, nos referimos a la condición política de estas categorías sociales. Las clases populares no entran en “relación con la política”, como se dice habitualmente, luego de hacerse de una identidad social. Su vida política se hace al mismo tiempo que su vida social y que su vida cultural, pues la vida política de los agentes sociales no viene *después* de su condición social. Los incendios dejan así ver los modos de acción de un grupo social que se manifiesta de ese modo en el espacio público y en el territorio de sus barrios, que actúa frente a las instituciones del Estado, frente a otros grupos. Se trata de una politicidad que toma el espacio local de pertenencia del grupo como el punto de apoyo desde el que proyectarse hacia el espacio público, y desde el que intenta influir en la arena en la que las clases populares tratan de defender sus intereses.⁶

La biblioteca, institución de la cultura escrita

Los incendios de bibliotecas forman parte entonces de una situación conflictiva que desborda en mucho el marco de la institución y la envuelve. El universo de las clases populares en las grandes ciudades está estructurado por tres conflictos. Un conflicto principal en torno al trabajo, en el que la frontera que separa a los que tienen un empleo estable y protegido los distingue claramente de los que viven precariamente y amenazados por la desocupación. Las bibliotecas actúan en un medio en el que los que no logran asegurar su supervivencia gracias al trabajo son mayoría. Un segundo conflicto se origina justamente en la dependencia que esos segmentos

⁶ Respecto a la evolución de la politicidad popular de estas categorías sociales, ver Denis Merklen: “La politique dans les cités ou les quartiers comme cadre de la mobilisation”, en Michel Pigenet y Danielle Tartakowsky, *Histoire des mouvements sociaux en France de 1814 à nos jours*, París, La Découverte, 2012, pp. 615-623.

de las clases populares tienen respecto de las instituciones públicas y del Estado. Como ya dijimos, la vivienda, la escuela, los subsidios y ayudas sociales de todo tipo, el deporte, la recreación, la cultura. La vida y el porvenir de esos individuos y familias se juegan en el contacto cotidiano con diversas instituciones. Estas instituciones manejan recursos que son indispensables y que los relegan la mayor parte del tiempo al estatuto de usuarios. Las instituciones redistribuyen y apoyan, pero también dicen “no” y excluyen del beneficio, lo cual deja marcas en el espíritu de las clases populares. Por último, los conflictos atraviesan a las clases populares y las dividen en fragmentos. ¿Cómo constituirse en fuerza colectiva? Estos son los problemas centrales sobre los que intervienen las bibliotecas y sobre los cuales actúan, como pueden, las clases populares.

Pero, al mismo tiempo, en el origen de los incendios hay algo que es específico de las bibliotecas y que encuadra las relaciones entre estas instituciones y los barrios donde están implantadas. Las bibliotecas no son incendiadas simplemente porque son una institución más, porque representan al Estado, porque se trata de edificios públicos vulnerables, presentes en ese lugar, en medio del barrio de pobres, migrantes y desempleados en el que estalla una revuelta. Las bibliotecas son atacadas como tales. Hay muchas cosas en juego en la relación de la biblioteca con el barrio, relaciones sociales entre el personal y los habitantes, así como el hecho de que la biblioteca, junto con la escuela, son las dos instituciones (públicas) que trabajan para favorecer la difusión de la cultura escrita en estos espacios.

Aquello que puede desencadenar el ataque a una biblioteca es múltiple y complejo, pero no es indeterminado. Esta multiplicidad revela el lugar que ocupan estos segmentos de las clases populares en la sociedad francesa contemporánea. En el centro de esta complejidad se sitúa la relación con el trabajo y el dinero, pero la cultura escrita, tal como está instituida en la formación social, es igualmente importante, ya que para las clases populares aparece como la vía privilegiada para acceder al trabajo y a los recursos controlados por las instituciones y el Estado. El manejo de la escritura y de la comunicación escrita constituye una mediación fundamental atravesada por ambivalencias: es una vía rápida para algunos, un cúmulo de barreras y peajes para otros, un lugar inaccesible para muchos. En efecto, desde la perspectiva que introduce nuestra investigación, la relación con la cultura escrita

asume dos grandes direcciones que son contradictorias en varios sentidos. Una evolución problemática que se torna visible a la luz de los incendios.

Como sabemos, la institucionalización de la palabra escrita, que funciona como referencia objetiva de la cultura dominante, limita el acceso de las clases populares al mercado de trabajo y a la vida política. Se trata de una relación de dominación y de exclusión que se ha acentuado a lo largo de los últimos treinta años a raíz de la desvalorización de la mano de obra no calificada en el marco de la desindustrialización observada en Francia, en la que desapareció la mayor parte de las industrias que ocupaban mano de obra intensiva y poco calificada, donde el músculo ya no vale nada. Es casi indispensable contar con un diploma para obtener un empleo respetable y digno de ese nombre. Además, esa relación también se intensificó porque la cultura escrita domina ampliamente la comunicación entre las clases populares y las instituciones que gobiernan su cotidiano (justicia, vivienda, impuestos, servicios sociales, escuela, gobiernos locales). Esta rigidez de la cultura escrita existe desde hace mucho tiempo en la sociedad francesa,⁷ pero la evolución compleja de las culturas populares parece haber modificado las cosas. Primero, el problema no se limita, como antes, al acceso de las clases populares a la escritura *a través* de la escuela. En un país en el que el 90% obtiene el bachillerato, el problema ya no es cómo acceder a la institución, sino cómo mantenerse el mayor tiempo posible en la escuela y poder seguir así los recorridos que conducen al empleo y a la promoción social. Hablamos de una juventud escolarizada y de una población que se comunica cada vez más mediante la palabra escrita. Más aún, estamos frente a una juventud que escribe mucho, no solo porque escribe blogs, tweets, facebook, mails y sms. También escribe canciones, obras de teatro y novelas, muchas veces exitosas y celebradas con premios prestigiosos. Pero, al mismo tiempo que observamos ese progreso masivo en la escolarización y en el uso de la escritura, el porcentaje que no tiene diploma (38% de los mayores de 15 años en los barrios de nuestra investigación) y los que abandonan tempranamente el sistema escolar es muy importante en estos casos. Por lo tanto, quienes no acceden al manejo de las formas escolares de la escritura exigidas por las instituciones y las empresas son los mismos que no tienen los diplomas exigidos por los empleadores. Ahora bien, en el terreno de la burocracia, las instituciones tienen un claro dominio a través

⁷ Pierre Bourdieu y Luc Boltanski, "Le fétichisme de la langue", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 4, París, 1975, pp. 2-32.

de reglamentos, cartas, mandatos escritos, que son difíciles de responder, frente a los cuales es muy difícil defenderse, y que es muy complejo criticar. Por último, los diplomas a los que accede una fracción amplia de esta juventud son cada vez más inútiles en la carrera para obtener un trabajo y acceder al progreso social. La institución escolar impone y exige una relación con la forma escolar, pero ya no garantiza que esa sumisión vaya a ser retribuida. Por otra parte, quienes no manejan la ortografía, la sintaxis y la gramática saben que están condenados a una existencia social degradada. Dos grupos resultan víctimas de la forma escolar: los que a pesar de haber hecho el esfuerzo con éxito no lograrán acceder al mercado de trabajo, y los que serán desplazados demasiado pronto del sistema escolar (a nivel nacional menos del 20% no logra graduarse del secundario, pero en promedio ¡la mitad de los jóvenes de nuestros barrios no lo consigue!).

Recapitemos. Cuanto más de cerca observamos la relación con la cultura escrita en los barrios donde se incendiaron las bibliotecas, mejor advertimos la complejidad de una situación que alimenta tensiones y competencia en un universo heterogéneo. Primero, el porcentaje que abandona el sistema escolar sin diploma es muy elevado en estos barrios (38% de los mayores de 15 años). Así, escapan a esta población las formas de escritura exigidas en los intercambios oficiales con las instituciones y en numerosos empleos. Por un lado, la escuela impone su disciplina y sanciona; por otro, es incapaz de asegurar un lugar respetable en la sociedad para aquellos que juegan su juego –o hay que estar entre los más fuertes, que consiguen llegar muy lejos en la carrera–. Muchos serán expulsados del sistema escolar (y por lo tanto del trabajo) en la temprana juventud al no adaptarse o no manejar las reglas de la gramática. Para muchos, mantenerse en la escuela y pagar el precio elevado exigido por la institución no conduce muy lejos. Para los jóvenes, la escuela representa la vía más segura para la integración y la promoción social, pero también representa la institución que termina excluyendo de todo porvenir a una parte de esa misma juventud. La llave que abre o cierra las puertas de la salvación la tiene el manejo de la escritura y de las formas del saber asociadas a ella. Muchos ven un futuro cancelado porque controlan mal las reglas ortográficas y de la gramática, muy numerosos son también los que, aun manejando correctamente la escritura, se sienten impotentes frente a las puertas del mercado de trabajo.

Parecen delinearse así tres grupos. Los que incorporaron la forma escolar y tienen un empleo estable y posibilidades de promoción social; los que

aun habiendo incorporado la forma escolar no logran obtener un empleo y los que abandonan la escuela muy pronto, sin diploma y sin manejar la forma exigida. Esta heterogeneidad da lugar a una relación compleja de las clases populares con los profesionales diplomados de las instituciones públicas: maestros, bibliotecarios, trabajadores sociales y agentes de las administraciones locales –en su mayoría funcionarios o contratados en la función pública–. Además, este grupo de profesionales diplomados también está atravesado por movimientos complejos ligados a la desvalorización de los diplomas y la reducción de los salarios. Es el caso de los maestros, que forman parte de un grupo privilegiado, pero cuyos salarios representan cada vez menos una forma de ascenso social, y que son los que sancionan a los que no se pliegan a las exigencias de la institución. Y los bibliotecarios están naturalmente cerca de este grupo social, sobre todo después de haberse transformado en funcionarios (o en empleados) de una institución pública y haber dejado de ser simples militantes.

En este universo complejo avanza el libro, en medio de un paisaje de escritura con varias dinámicas que lo atraviesan y entre las que al menos tres nos interesan porque parecen actuar con fuerza. En primer lugar, el libro sigue siendo visto como el emblema del grupo de los “letrados”, a tal punto que, como veremos más adelante, representa algo del orden de lo sagrado –aquello que los incendios “mancillan”–. En estos barrios hay un buen número de lectores experimentados y son más numerosos aún los que piensan que la lectura es una actividad noble. El 10% de la población de estos barrios está inscrita en la biblioteca y muchas madres van con sus hijos con la esperanza de verlos transformarse en lectores. Y la biblioteca se encuentra entre las instituciones que más público atraen, detrás de la escuela y la piscina, pero delante de todas las otras instituciones culturales. Cada vez son más numerosos los intelectuales de los barrios que se hacen escritores y muchos agentes estimulan a los jóvenes para que escriban, ya que están convencidos de que la escritura es una forma de salvación. Pero desde el punto de vista de las clases populares, el hecho de leer muchos libros no parece garantizar el futuro, a diferencia de lo que creen bibliotecarios, animadores y maestros. En segundo lugar, las nuevas tecnologías permiten que las clases populares comuniquen y se expresen más allá de las fronteras fácilmente controladas, y muchas veces inaccesibles, de la escritura en papel. Además, las formas de socialización política que valorizan la lectura de libros y de la prensa son muy criticadas en estos univer-

sos populares. Los espacios de militancia y de socialización a través de la política, que en otros tiempos conformaban verdaderos mercados sociales en los que se podía valorizar lo que se había leído, hoy son prácticamente inexistentes. ¿Cuáles son los espacios sociales en los que se puede presumir por haber leído un libro?

En este contexto particularmente complejo, y en ciertos sentidos paradójico, las bibliotecas y la institución escolar son los santuarios de la cultura escrita, incluso a pesar de los esfuerzos que hacen las primeras para diferenciarse de la escuela transformándose en mediatecas, abriendo sus colecciones a soportes diferentes del libro en general, considerados menos “nobles” (historietas, mangas, música, películas, internet, videojuegos). Las bibliotecas siguen siendo percibidas como un templo de la escritura y no de una escritura más entre otras, sino de esa forma de la escritura representada por “el libro”, cuyo manejo es necesario para la integración política y para la integración social, aunque al mismo tiempo incluya un instrumento de sanción o de descalificación. La forma libro es asociada con una escritura que es la escritura de la ley y de los reglamentos, de las normas que protegen a los agentes de la función pública (incluidos los bibliotecarios) y que en general los jóvenes no respetan; normas protegidas por una forma escrita que oculta la génesis de esas normas, como si hubieran estado ahí desde siempre, caídas del cielo, para ser respetadas y hacer posible el correcto funcionamiento de las instituciones. Hemos observado los esfuerzos de los bibliotecarios para incorporar textos menos literarios y más “útiles”: métodos para aprender idiomas, manuales, ayudas para encontrar trabajo, manuales para redactar el *curriculum vitae* y las cartas de “motivación” exigidas por los empleadores, para ayudar a redactar correos de diferentes tipos para las administraciones. En resumen, ayuda para la escritura eficaz en el universo institucional, que puede constituir efectivamente una ayuda valiosa en una sociedad como la francesa, pero que muestra también la fuerza excluyente ejercida por estas formas escritas sobre quienes no las manejan.

Al mismo tiempo, vemos cómo la forma dominante de la escritura representada por el libro pierde su supremacía. Por un lado, porque las mutaciones tecnológicas han permitido el acceso a formas de escritura que escapan al control de la escuela y de las instituciones culturales. Estas últimas son fuertemente tensionadas, y uno de los síntomas de ello es la lucha de los maestros y profesores contra la cantidad de tiempo que los jóvenes

y niños pasan delante de las pantallas (la pantalla es percibida en estos casos como el enemigo de la forma escolar y del soporte libro, y representa un tema permanente de preocupación para los padres y los maestros, que ven en ella un enemigo potencial de la cultura y de la educación). Por otro lado, porque estos segmentos de las clases populares urbanas, sometidos a la precariedad del trabajo y a la pobreza, encuentran en estas formas de la escritura y de la cultura no institucionalizadas los medios para desarrollar espacios de sociabilidad y de comunicación entre pares. En efecto, el universo de las bibliotecas y de las mediatecas barriales no está conformado por un mundo de iletrados. Sabemos que los jóvenes de las revueltas se comunican entre ellos a través de la escritura, con sus teléfonos y computadoras. Lo hacen cuando las organizan porque están acostumbrados a hacerlo cotidianamente. Los profesores lo han comprendido al prohibir el teléfono en escuelas y colegios: estos instrumentos abren una comunicación permanente que escapa a la institución y la perturba. Y las clases populares leen con mucha atención lo que otros escriben; por ejemplo, los artículos en la prensa que estigmatizan a sus barrios pintándolos como espacios de mala vida, de violencia, de tráfico y de delincuencia.

Estas cuestiones nos conducen a considerar el fenómeno sumamente interesante de “los escritores de los suburbios”. Como hemos dicho, una marea de escritores de novelas, de libros diversos, de canciones, de poemas y de textos políticos con fuerte contenido de crítica social se ha consolidado desde hace más de diez años. Este surgimiento, sobre el que volveremos más adelante, representa un aspecto clave para la cultura popular, ya que plantea un interrogante sobre la posibilidad de que estos autores logren crear un verdadero mercado social de la lectura y la escritura en las periferias de la ciudad y de la sociedad. Aún no conocemos bien este movimiento, pero resulta evidente que hay una verdadera *intelligentsia* que no acepta que estos segmentos de lo popular sean hablados por otros y que pelean por construir una visión del mundo y de ellos mismos que escape tanto al discurso de la escuela como al de los partidos políticos y la prensa.⁸ De esta manera, surgen conflictos y luchas, como por ejemplo la disputa que atraviesa las culturas urbanas entre los autores de rap que reivindican el apego a la lengua legítima y los que reivindican la libertad de hablar y es-

⁸ Después de la publicación de *Pouquoi brûle-t-on des bibliothèques?* inicié una investigación sobre este grupo de *écrivains des banlieues* y luego invité a Pablo Semán a realizar un trabajo comparado entre Buenos Aires y París. Este trabajo está en curso y comprende, para el caso francés, un corpus de obras de unos 15 autores de estos barrios.

cribir como creen conveniente, o ese otro clivaje entre los que reivindican el derecho al dinero, representado por el consumo de lujo (autos, relojes, vestimenta), y los que, al contrario, critican ese reinado del dinero sin moral.

Incendios y apedreamientos se inscriben en el centro de estos procesos, en los que la biblioteca puede todavía jugar un papel importante. Evidentemente, se abren aquí, en estos clivajes y a favor de algunos de estos movimientos, las brechas en las que las bibliotecas pueden adquirir un lugar central si aceptan transformarse en verdaderas instituciones de la cultura popular.

La biblioteca, institución pública

No debemos olvidar que las instalaciones incendiadas son bibliotecas públicas, la mayoría de las veces bajo la órbita municipal. Forman parte entonces del servicio público y del Estado. A diferencia de lo que ocurre en Argentina y en América Latina, las “bibliotecas populares” animadas por militantes sindicales, religiosos o políticos dejaron prácticamente de existir en Francia, sobre todo a medida que la izquierda fue conquistando municipalidades en los barrios obreros, movimiento que permitió consolidar un verdadero cinturón rojo (*la ceinture rouge*) alrededor de París y de muchas grandes ciudades entre los años 1930 y 1940. Las bibliotecas populares cedieron su lugar a las bibliotecas públicas, casi siempre municipales, y los militantes se convirtieron en profesionales, funcionarios municipales asalariados. Esta institucionalización de las instalaciones fue acompañada por un inmenso progreso en la calidad de las bibliotecas y de sus colecciones, así como en la cantidad de bibliotecas y mediatecas que existen hoy en muchos barrios y que constituyen verdaderos lujos en el ámbito de espacios sociales relativamente mal equipados en materia de instalaciones colectivas. Sin embargo, esta institucionalización está tan naturalizada hoy en día que es necesario recordarla para visibilizar un aspecto importante de la conflictividad en la cual debemos inscribir los incendios para que adquieran sentido. La municipalización integró las bibliotecas entre los servicios públicos, obligó al personal a profesionalizarse cada vez más y a recurrir a tecnicismos en el ejercicio de su trabajo, las transformó en un instrumento de las políticas culturales y de las políticas sociales. Esta situación debe ser contrastada con la de las “bibliotecas populares” que en otros tiempos eran animadas por partidos políticos, sindicatos, asociaciones diversas e incluso por militantes

de la Iglesia católica. Y también debe ser diferenciada de los importantes movimientos de bibliotecas populares que podemos observar hoy en día en América Latina.

En una biblioteca o en una mediateca integrada al servicio público, los bibliotecarios no pueden actuar como militantes, no pueden tomar partido en numerosos conflictos que los implican. Deben obedecer al deber de “neutralidad”, principio rector de la función pública. Una biblioteca pública se moviliza con la voluntad de “dar acceso” a la cultura. Así, se ubica irremediamente del lado de las instituciones, del Estado, de los políticos, de las categorías sociales protegidas por el trabajo estable y la función pública. Las bibliotecas ya no pueden ser el instrumento de una acción “de clase” o en el seno del “pueblo” para ayudarlo en la politización del “combate” que los enfrenta a sus “enemigos”. Una vez más, el contraste es sorprendente cuando comparamos las bibliotecas municipales en Francia y las que podemos observar en América Latina, animadas por partidos políticos, asociaciones de todo tipo y militantes *ad honorem* que se mantienen lejos de los poderes municipales. No se trata de comparar las bibliotecas ricas de Europa con las bibliotecas raquílicas de América Latina, sino de encontrar una referencia que permita observar la carga política de las bibliotecas en Francia, una carga que tiende a permanecer invisible detrás de la “naturalidad” del servicio público. Ahora bien, no poder tomar partido oficialmente no significa que no se lo haga nunca, ni que la acción de la institución y de su personal esté desprovista de contenido político.

En Francia, los gobiernos locales suelen recibir fondos provenientes del Estado para construir bibliotecas en los barrios, sobre todo en los barrios “difíciles”. Los municipios piensan así abrir una institución prestigiosa en un espacio socialmente relegado. Las bibliotecas son presentadas como “herramientas del lazo social”, como medio de acceso a la cultura, como “la instalación más emblemática de la República y de nuestra voluntad de vivir juntos”, según la fórmula recientemente empleada por un ministro de Cultura. En este sentido, las bibliotecas son concebidas como el modelo del espacio público. Son instalaciones de servicio público abiertas a todos los usuarios, que aceptan todo tipo de compromiso y que son capaces de admitir todos los puntos de vista. Siguiendo un ideal democrático, la biblioteca es concebida aquí bajo la misma filosofía con la que se piensa el libro, como abierto a todas las lecturas. El individuo, el usuario, el ciudadano, son todos sinónimos del lector libre e independiente. Al lugar que

ocupan el libro y la escritura en nuestra cultura política se suma lo que la biblioteca representa como símbolo de la democratización cultural y política. Así, el Estado y los partidos políticos que imparten directivas en las diferentes escalas de gobierno apuntan a impulsar un proyecto político a través de las bibliotecas, un proyecto de transformación de la realidad social de esos espacios de la periferia, mediante la “promoción de la ciudadanía” o la “promoción del lazo social”, para retomar las expresiones empleadas frecuentemente en el marco del lenguaje compartido entre representantes y bibliotecarios.

Sin embargo, el incendio y la conflictividad interpelan esos ideales democráticos. Y arrojan luz sobre una serie de ambivalencias que caracterizan la presencia de las bibliotecas en el territorio de las clases populares, una presencia que se devela gracias al conflicto como lo que es: una acción de transformación política del universo popular por parte del Estado. La primera de las ambivalencias es el resultado de una confusión en torno a lo que es un “espacio público”. Del lado de la biblioteca, el espacio público que ella encarna es concebido como un lugar de acuerdo, de “civilidad” y de respeto de las buenas maneras, una concepción que está justamente en el origen de toda una serie de problemas políticos mayores.

Comencemos por la génesis de las normas que organizan la vida de la institución y del control de los recursos de los que ella dispone. ¿Quién dicta las normas? ¿Quién decide sobre las inversiones, las colecciones, los usos? Los conflictos observados en las bibliotecas permiten entrever un rechazo de la legitimidad en la producción de las normas, incluso antes de examinar su contenido. Cuando un espacio institucional es concebido como no conflictivo, cuando excluye el reclamo y la oposición a las normas, deja de ser un espacio público, puesto que el espacio público es necesariamente conflictivo y el rechazo de las normas es consustancial a su existencia. El conflicto puede tornar difícil el ejercicio de una profesión como la de bibliotecario o la de maestro, desde luego. Pero es justo el tipo de problema que se genera cuando el poder descarga una misión política en las espaldas de una profesión, como en el caso de los bibliotecarios. Es probable que allí se ubique una de las mayores causas del malestar que impera entre las instituciones y estos barrios, que son ahora “difíciles” ante los ojos de los profesionales que pretenden “intervenir” en sus territorios. Por un lado, el poder político descarga en las espaldas de los bibliotecarios la misión de actuar en espacios de gran conflictividad; por el otro, los bibliotecarios

solicitan a los habitantes que “preserven” el espacio de la biblioteca, es decir, que no permitan que ingresen los conflictos que atraviesan la vida del barrio al interior de la institución. El poder político pretende actuar en la vida de las clases populares y, al mismo tiempo, los bibliotecarios no quieren que la vida ingrese en la biblioteca.

Pero esta paradoja, que alimenta las ambivalencias políticas que habitan las mediatecas y bibliotecas, no se ubica exclusivamente del lado del poder político y de la profesión de bibliotecario. Los habitantes mismos tienen posturas ambivalentes con respecto al estatuto de estos espacios. En ciertos casos, la biblioteca es concebida como la biblioteca de “nuestro” barrio; en otras oportunidades es la biblioteca “de ellos”. Los habitantes pueden apropiarse de ese equipamiento o bien pueden rechazarlo en cuanto intervención de un agente exterior. En estos casos, las normas de la biblioteca son percibidas como la imposición de otro grupo social que interviene en su territorio y sobre cuya acción no son capaces de influir en ningún sentido. La inversión pública se toma tal cual o se deja. Los habitantes viven entonces un sentimiento de desposesión. Pueden aceptar la biblioteca, que se transformará así en la biblioteca de su barrio. Pero tendrán una influencia mínima en “su” biblioteca, no podrán tomar decisiones respecto al personal (¿a quién se le pagará para que funcione la biblioteca?) ni sobre las normas que la rigen, y muy poco sobre lo que se podrá encontrar en los anaqueles. Esta ambivalencia atraviesa la totalidad del espacio del barrio y, por lo tanto, la relación de las clases populares con el Estado y con la política. Los agentes del Estado y los políticos son “ellos”, ese otro que constituye nuestro oponente porque controla y maneja recursos de los que dependemos y porque nos impone normas sobre las que no tenemos más que una mínima influencia. Pero también pueden ser “nuestros” representantes, “nuestros” maestros, nuestros bibliotecarios, los choferes de nuestros colectivos, los que elegimos para garantizar la calidad del servicio público, que tienen proyectos y que administran los recursos de todos. Desde luego, esta ambivalencia no divide a los barrios solo en dos grupos opuestos. Nuestras observaciones nos permiten advertir que los agrupamientos son múltiples, que los matices son diversos y que muy a menudo una misma persona está habitada por esos sentimientos contradictorios que acabamos de describir.

En un marco de conflictividad muy aguda, que conduce a la revuelta y al incendio, los bibliotecarios se sitúan repentinamente (como los profesores

y otros “agentes sociales”)* del lado de la autoridad que consideran se debe respetar, de las normas que defienden y del poder policial al que convocan en última instancia. En efecto, ningún joven de estos barrios desconoce que, cuando los conflictos superan ciertos límites, los bibliotecarios llaman a la policía, que actuará en defensa de ellos de manera inevitable. En ese momento se actualiza una frontera social y política, una línea divisoria clara que viene a recordar de qué lado se encuentra cada uno, aunque la mayor parte del tiempo las cosas puedan mantenerse confusas o no dichas. Uno de los efectos del conflicto es marcar esas líneas netas. Los bibliotecarios, que la mayor parte del tiempo tienen una visión absolutamente naturalizada de las normas “que hay que respetar”, observan cómo se escurre y deshace la supuesta neutralidad de su acción. Se impone entonces el desconcierto entre la gran mayoría de estos agentes, motivados en gran parte por una sincera vocación de ayudar a los sectores desfavorecidos. Quienes debieran ser los beneficiarios de sus acciones impugnan el don que les es otorgado y colocan a los bibliotecarios en la vereda de enfrente, del lado de los “enemigos”. Entonces la protesta es calificada de “violencia”, pero ¿por quién? Justamente por los mismos que son enviados por la violencia del otro lado de la frontera social. Más allá de lo que digan, los bibliotecarios son prisioneros del Estado y del servicio público, y no tienen la capacidad de abandonar su seno para actuar del lado de la sociedad civil. El espacio público de la biblioteca corre el riesgo de transformarse en el espacio de un grupo social (el otro se ubicaría la mayor parte del tiempo en la calle).

Se alinean aquí tres datos que nos permiten ver el marco de fondo del problema: la baja tasa de lectores en las bibliotecas y mediatecas de barrio (cerca del 10% de la población, la mitad menor de 14 años), la muy baja participación electoral (con excepción de las elecciones presidenciales, solo una minoría se moviliza para elegir autoridades locales o legisladores —el 40% de los inscriptos en las listas electorales, que representa una porción ínfima de los adultos en edad de votar—) y la fragilidad de los instrumentos de participación, de control y de discusión al alcance de las clases populares.

Debemos ahora oponer las palabras “espacio público” y “emblema”. El espacio público, como una plaza pública, es el espacio que puede contener a todos a condición de no excluir a nadie. Como un libro puede soportar (en teoría) todas las lecturas y todas las interpretaciones, una biblioteca debe poder recibir lectores de todos los gustos, de todas las ideologías, de

* *Intervenants sociaux* en el original (N. del T.).

todos los proyectos. A diferencia del espacio público, el emblema es siempre de un grupo. Como la bandera, el escudo o la camiseta de fútbol, el emblema agrupa y excluye; simboliza precisamente la unión de los que se reconocen en él y la exclusión de todos los que el emblema no quiere cobijar bajo sus colores. Los bibliotecarios suponen que bibliotecas y mediatecas son espacios públicos. Los incendiarios ponen en duda esa pretensión y arrojan una sospecha a la plaza pública: que la biblioteca es en realidad el emblema de un grupo social que no solo no los cobija en su seno, sino que además los excluye. Ahora bien, el día en que el bibliotecario decide dejar de ser un militante de la cultura, independiente del Estado, se priva de la posibilidad de ayudar a las clases populares a construir los emblemas de su propia identidad en un mundo cada vez más atravesado por clivajes sociales. En tiempos de conflicto, la neutralidad es sospechada de toma de partido.

De la biblioteca a la mediateca

En la base de este libro hay una investigación que se desplegó en varias ciudades de Francia, pero hicimos un trabajo de campo profundo, entre 2006 y 2011, en la periferia norte de París. En esa zona se encuentra la *Communauté d'Agglomération de Plaine Commune*, que reúne nueve municipios y cerca de 300.000 habitantes en las ciudades de Aubervilliers, Épinay-sur-Seine, La Courneuve, L'Île-Saint-Denis, Pierrefitte-sur-Seine, Saint-Denis, Saint-Ouen, Stains, Villetaneuse. Encontramos allí 23 bibliotecas barriales integradas en una red unificada. Este territorio de clases populares presenta un condensado de las características que nos interesan,⁹ pero es sobre todo parte de esos territorios de la periferia roja que desde mucho tiempo atrás es dominada por la izquierda y, fundamentalmente, por el Partido Comunista.¹⁰ Ahora bien, esta izquierda no parece tener ya los medios para actuar

⁹ Más adelante presentaremos más elementos estadísticos sobre nuestro campo.

¹⁰ El Partido Comunista francés resultó electo a la cabeza de la mayoría de las ciudades de la periferia obrera desde 1948; incluso en varios casos desde 1936. El panorama político de esta parte de los suburbios cambió notablemente después de las elecciones municipales de 2008, cuando el PCF perdió la intendencia de cuatro ciudades en favor de otras fuerzas de izquierda. En 2012, la coloración de las municipalidades era la siguiente: L'Île-Saint-Denis, Verdes-Ecologistas; Pierrefitte-sur-Seine, Partido Socialista; Aubervilliers, Partido Socialista y Saint-Ouen, Frente de Izquierda, alianza que incluye al PCF; el municipio d'Épinay-sur-Seine es ganado por la derecha desde 2001 (MoDem). La Courneuve, Saint-Denis, Stains y Villetaneuse conservan su alcalde comunista.

más allá de las instituciones que controla, a través de las municipalidades y las colectividades territoriales. Como acabamos de ver, las bibliotecas son pensadas como instrumentos para actuar contra las industrias culturales, la televisión, una cultura totalmente sometida a la mercantilización que la empobrece a la misma velocidad que el capitalismo desmonetiza la fuerza de trabajo. La biblioteca, agente de un verdadero poder político, se pone aquí del lado del pueblo para ofrecer “otra cosa”, para ayudar a abrir los horizontes culturales de un mundo que de lo contrario sería dominado por actores extremadamente poderosos que la mayor parte del tiempo van en una sola dirección, aquella de un mundo unidimensional, como lo denunció, hace ya tiempo, Herbert Marcuse.

Ahora bien, es por este mismo camino que las bibliotecas entran en una tensión que puede paralizar su acción. Puesto que si avanzan francamente en esa dirección corren el riesgo de petrificarse en el seno de una forma antigua que hace de la biblioteca un templo de la literatura, de las letras, de la filosofía, de los intelectuales y de la “alta-cultura”, como nos dijo la directora de un centro barrial asociando con ironía a la Academia francesa con Christian Dior o Yves-Saint-Laurent, templos franceses de la alta-costura.

Para no mantenerse encerradas en un elitismo literario o intelectual, que podría aumentar la brecha que las separa de las categorías populares, las bibliotecas se transforman en mediatecas. Incorporan nuevas tecnologías y prácticas culturales más “populares” (en el sentido de contar con el favor de mayor cantidad de público) en esos territorios de la periferia urbana. En ese camino de experimentación, las mediatecas integraron películas, música, Internet y rodearon así a los libros de otros “soportes”, se abrieron a las historietas, a la cultura hip-hop, a la prensa deportiva, a las novelas de viaje, a la literatura romántica y, poco a poco, cada vez más bibliotecas se rinden ante la prensa del corazón y los chismes. Como hemos visto, incorporan manuales de todo tipo, que van desde cómo redactar un *curriculum vitae* hasta métodos de aprendizaje de idiomas, pero también cómo encontrar trabajo, bricolaje, jardinería y hasta textos de autoayuda, libros de orientación para las mujeres embarazadas o sobre la educación de los niños. Así, en 2009 la dirección de la lectura pública de Plaine Commune hizo una amplia campaña con afiches para promover las mediatecas en el conjunto de su territorio. En esos afiches se puede ver la foto de una pila de libros junto a la frase “es gratis” o “es para todos”, pila de libros sobre la

cual no encontramos ninguna novela, ni ningún ensayo de un intelectual que apunte a la comprensión del mundo en tiempos de crisis.

Entendemos perfectamente esta tensión entre literatura y otros tipos de lectura. Los propios bibliotecarios la explicitan cuando hablan de los conflictos entre quienes son acusados de defender una posición “elitista” y quienes son acusados de impulsar una posición “populista”. En realidad, la primera apunta a una estrategia de oferta selectiva y pone el acento en el rol educativo de la biblioteca, que no debe ceder a la cultura masivamente vehiculizada por las industrias culturales. Estos bibliotecarios entienden que, de lo contrario, se empobrecería la oferta cultural ya que no se pondría a la gente sino lo que ya tiene en sus casas, dado que lo encuentra fácilmente en el supermercado, en Internet o en la televisión. Acusada de elitista, esta posición privilegia la literatura, el arte, la política, la filosofía, las ciencias sociales. La segunda apuesta por la demanda y considera que una biblioteca de barrio debe proponer simplemente lo que la gente quiere, que los bibliotecarios no tienen autoridad alguna para decidir lo que la gente debería leer, mirar o escuchar, y que de tanto proponer lecturas que “nos dan placer a nosotros”, se termina alejando a la gente de la biblioteca. Esta posición, acusada de populista, privilegia los gustos de moda, la literatura de los *best-sellers*, de acceso fácil, los manuales, las cosas “útiles”, las revistas, las películas de la gran industria en detrimento de los films de autor, los éxitos del verano en lugar de las canciones poéticas, etcétera. Una bipolaridad esclarecedora que no hace olvidar la complejidad de las cosas, sino que da cuenta de los debates que dividen la profesión y de las dificultades que la política encuentra en el momento en que intenta actuar en este universo popular.¹¹

Es interesante observar esta dicotomía a la luz de la estrategia más habitual en las bibliotecas populares de América Latina. Así, los militantes que conocimos recientemente en la periferia de Buenos Aires ni siquiera se

¹¹ Una cuestión importante se planteó en torno a la apertura de las colecciones a las lenguas extranjeras, operación que las mediatecas estudiadas implementaron hace tiempo. En efecto, dada la importante porción de migrantes de lengua extranjera en los barrios en cuestión, las bibliotecas abrieron sus colecciones a esas lenguas. Abordaremos el tema más adelante, pero ya podemos adelantar que esta estrategia no aumentó el número de lectores. Los habitantes aprecian la integración de autores en su lengua de origen, pero no por ello irán a leerlos. La presencia de esas lenguas tiene una importancia simbólica cierta, pero, a diferencia de lo que muchos piensan, la barrera a la lectura no es idiomática o nacional.

plantean la pregunta de lo que deberían tener en la biblioteca y lo que deberían excluir. Los libros que compran son simplemente los libros que sus lectores les piden. No tienen ningún tipo de política de selección de sus colecciones, dado que la penuria de libros es tal en los barrios pobres donde están implantadas estas bibliotecas populares que la pregunta no se plantea. Jorge Luis Borges o Paulo Coelho, depende de la elección del lector. Como nos dicen los bibliotecarios de la Biblioteca Popular Horacio Quiroga en el conurbano bonaerense: “Lo importante para nosotros es que la gente lea” y que haya libros en el barrio porque los libros son tan caros para esta gente que casi no compran. En cambio, otros “soportes” abundan vehiculizados por la televisión, Internet, la radio. En Francia, observamos incluso en los barrios más desfavorecidos una situación de abundancia relativa en la que la pregunta se plantea más bien en términos de faro y de orientación, y es cierto que la renuncia a toda forma de orientación equivaldría a un abandono.

Esta tensión coexiste con la problemática de la escuela y de los escritos institucionales que evocamos antes, pero se encuentra también replicada por el espejo de dos problemas que afectan profundamente la vida de esas “mediatecas de proximidad”, según el término que utilizan los bibliotecarios hoy para hablar de las bibliotecas barriales. En efecto, los conflictos abiertos –entre los cuales el incendio aparece como la manifestación más espectacular– son uno de los problemas que deben enfrentar las autoridades, los bibliotecarios y los usuarios de las bibliotecas en cuestión. Pero hay otro problema que afecta de manera profunda a estas bibliotecas. A pesar de los esfuerzos considerables por modernizarse, de apertura y de inversión, las bibliotecas barriales tienen una tasa de frecuentación muy baja. Menos del 10% de la población a la que se apunta está inscrita en alguna de las 23 bibliotecas de la red de Plaine Commune, mientras que sabemos que ese porcentaje es del 20% en promedio a nivel nacional.¹² Y cerca de la mitad de los inscritos tienen menos de 15 años (47,3% de los

¹² Más precisamente, el 9,32% de los habitantes de las ocho ciudades que componen Plaine Commune eran considerados “usuarios activos”, es decir, inscritos en una de las bibliotecas y “habiendo retirado un libro al menos una vez en el año”. Salvo en Saint-Denis, donde los usuarios activos representan el 11,32% de la población, en todas las otras ciudades el porcentaje era inferior al 9% y bajaba hasta el 6,2% en la ciudad de Pierrefitte. Datos de la Direction de la Lecture Publique, *Rapport annuel d'activité, 2009* Plaine Commune. Vale recordar que si en Francia el 20% de la población está inscrito en una biblioteca, en el Reino Unido esta cifra se duplica.

inscriptos), lo cual reduce aún más el porcentaje de adultos que utiliza las bibliotecas. Esta desafección constituye probablemente la primera preocupación de los bibliotecarios, puesto que saben que los niños y adolescentes de menos de 15 años son en general llevados por la escuela a las salas de lectura y que la mayoría de los habitantes no vuelven a la biblioteca una vez que interrumpen los estudios. Sin embargo, a pesar de ser una fuente profunda de inquietud, esta preocupación no desestabiliza a los bibliotecarios. Por un lado, porque la baja cantidad de visitas a las bibliotecas está en línea con tendencias generales de la sociedad, ya que las personas con menos diplomas son las más alejadas de esta forma clásica de relación con la lectura que proponen las bibliotecas, y en el territorio de Plaine Commune, el 38,1% de las personas de más de 15 años abandonó los estudios sin haber obtenido ningún diploma, solo el 14,7% lo hizo tras haber obtenido el bachillerato y el 15,3% obtuvo un diploma que requiere más de dos años de estudios superiores. Por otro lado, porque la evolución de las prácticas culturales muestra una tendencia a la baja en la frecuentación de las bibliotecas y varios emprendedores de la lectura se interrogan sobre el futuro del libro. La desafección es un inmenso problema (en el fondo, el más importante), pero se trata de un problema ante el cual el bibliotecario se siente preparado y listo para dar la batalla (así, por ejemplo, transforma la biblioteca en mediateca). Se trata de su enemigo natural.¹³

En este marco, entonces, la biblioteca lucha para ampliar el horizonte de acceso a la lectura. Se trata de un combate duro y difícil, pero para el cual los profesionales de la lectura se sienten relativamente bien preparados. Ahora bien, la violencia manifiesta que se expresa en el marco conflictivo que intentamos describir desplaza los interrogantes hacia un registro inédito. Recalifica la relación bibliotecas-clases populares y provoca un desconcierto profundo entre los bibliotecarios y los militantes de la cultura

¹³ Los datos de este párrafo corresponden al año 2010. La evolución más reciente y el cambio en la forma de considerar el público de las bibliotecas lleva a matizar estas observaciones más pesimistas. Si en lugar de contar los inscriptos en la biblioteca contamos las personas que asisten a ella (lo que todas las bibliotecas hacen desde hace algunos años por medio de portales que registran la entrada de público), el panorama cambia: la biblioteca aparece como el equipamiento cultural más frecuentado y, en muchos casos, con más cantidad de público que la mayor parte de los otros equipamientos colectivos, los centros de deporte incluidos. Los vecinos de estos barrios se llevan pocos libros a sus casas, pero van mucho a la biblioteca, lo que lleva a muchos a pensar que la biblioteca es también un lugar en el que es agradable o interesante pasar el tiempo.

y los políticos que dirigen las construcción de bibliotecas y las mantienen vivas. Cuando estalla la violencia, el elevado porcentaje de no-lectores ya no puede ser interpretado exclusivamente en términos de “falta de interés” por la lectura, de “desafección” o de una supuesta “indiferencia de los jóvenes hacia la cultura legítima”. Si en un marco clásico podemos identificar la indiferencia frente a la lectura como consecuencia de la pobreza y de la dominación cultural o simbólica, los conflictos abiertos introducen una parte de voluntad y de contradicción que ya no puede ser reducida a una mera consecuencia de la miseria o del poder de los medios, de las industrias culturales o de las nuevas tecnologías. Ahora, falta de lectores y relación conflictiva deben ser consideradas como dos caras de un mismo problema.

La acción anónima y el lugar de la política

¿Cómo salir en busca de indicios que faciliten la comprensión de estos incendios de bibliotecas? Acabamos de dar algunos elementos que precisan el marco en el que esta iniciativa debe inscribirse. Otros, como la cuestión de la “juventud”, del “género” o “étnica” serán examinados más adelante. Ahora bien, los incendios no son solamente el reflejo de una situación, de un marco o de un contexto que bastaría describir para conocer las causas. El incendio debe ser considerado como una acción que recalifica la situación misma. Y, en la medida en que esos ataques suceden, se repiten y han asumido una forma endémica, no podemos considerar estos actos como acontecimientos aislados o accidentales.¹⁴ Debemos analizar estos

¹⁴ Puesto que estas revueltas se han instalado como un diálogo con la política pública con la que se intenta responderles, puede ser útil recordar aquí que lo que se denomina en Francia “política de la ciudad” [*la politique de la ville*] es un inmenso dispositivo de política urbana, social, educativa y cultural implementado en respuesta a las primeras revueltas de 1979 y 1981 y a la marcha de los “beur” de 1983. En ese momento se instaló una relación compleja entre el Estado y las clases populares, en la que los movimientos sociales participan de la concepción y la implementación de la política pública. Revueltas, marchas, asociaciones y participación electoral dan forma a una demanda social que ubica a los barrios de hábitat social en el centro de la escena pública. Luego, el Estado categorizó, adaptó sus instituciones a través de un importante proceso de descentralización, de inyección de muchos recursos y redefinió los ejes prioritarios de su relación con las clases populares. El trabajo y la protección social cedieron terreno ante una política más orientada a la ciudad y al barrio, en la que la cultura, la animación, la juventud y la integración de las minorías cobraron protagonismo. El Estado contribuyó fuertemente a través de su acción a la transformación de las

acontecimientos en el marco de una modalidad de acción en la que los ataques por la piedra o por el fuego se han transformado en formas de expresión, de oposición, de revuelta de fragmentos de las clases populares que encontramos dispersos en las periferias. Hemos propuesto tratar este tipo de acciones como “mensajes” cuyos elementos permanecen casi en su totalidad por describir, dado que prácticamente solo conocemos el medio de comunicación, precisamente la piedra y el fuego. ¿Quién es el destinatario? ¿Cuál es su contenido? ¿Cómo es recibido y en qué marco de interacción se sitúa para recalificar el marco de las relaciones sociales que lo sustentan?

Fuimos a conversar con los habitantes de los barrios en los que se habían quemado bibliotecas. En algunos casos nos quedamos durante meses en el lugar para realizar nuestras investigaciones en contacto con los diversos actores, habitantes, autoridades y políticos, profesores, policías, bomberos, “interventores sociales” y, por supuesto, bibliotecarios. Nos instalamos en bibliotecas y en centros barriales, en asociaciones, templos religiosos, oficinas de vivienda social y centros de la juventud. Observamos mercados, almacenes, *fast-foods* y cafés cuando había alguno. Fuimos a ver a los habitantes en sus casas. Leímos la prensa local, escuchamos la música y leímos blogs y producciones literarias de los habitantes de esos barrios. Asistimos a momentos importantes, como elecciones o inauguraciones de bibliotecas, y también a ceremonias religiosas. Observamos la ciudad y los barrios recorriéndolos a pie, en automóvil y en el transporte público. Realizamos una serie estructurada de entrevistas con 75 bibliotecarios de Plaine Commune para tratar de comprender cómo perciben estas situaciones de conflicto y cómo ven los barrios en los que trabajan. Y tratamos de salir del marco local para intentar ver aquello que pasa en el barrio pero encuentra su principio de explicación en otra parte, en el mercado de trabajo, el funcionamiento de la escuela o el lugar de los textos escritos, por ejemplo.

A fin de cuentas, el lector tiene aquí el resultado de un trabajo de campo más o menos clásico. Sin embargo, debo responder de forma anticipada a una expectativa que pude verse frustrada después de leer las páginas que vendrán. Cuando presento mi investigación sobre los incendios de bibliotecas me preguntan mucho “pero, ¿por qué lo hacen?”, “¿qué quieren?”, “¿a dónde puede llevar el hecho de quemar una biblioteca?”, o incluso “pero

clases populares, pero sería exagerado afirmar que, por su sola capacidad de nombrar, el poder público remodeló la identidad popular. Una visión de ese tipo contribuye a engrosar el velo que oculta y que impide ver una relación conflictiva.

¿cuáles son las motivaciones de aquel que prende fuego una biblioteca?”. Así me han interrogado los lectores de los informes y los artículos que he escrito antes de publicar el libro o bien quienes asistieron a las numerosas presentaciones que realicé a medida que la investigación avanzaba; bibliotecarios, investigadores y estudiantes de ciencias sociales, en la mayoría de los casos, pero también políticos y militantes barriales. En el fondo, esperan que el investigador acerque el micrófono a los incendiarios y que vuelva a presentarles esa palabra que parece ausente en estos actos de revuelta. Se espera que el investigador vuelva a contar lo que vio y escuchó detrás de las líneas enemigas como un corresponsal en tiempos de guerra civil: se espera que haya conversado con los rebeldes. A fin de cuentas, mis interlocutores querrían que de la producción de nuestros materiales de investigación resultara un discurso más o menos coherente a través del cual los incendiarios otorgaran sentido a sus acciones a falta de poder dar la lista de sus motivaciones y de los objetivos de sus actos. Hay una gran expectativa de justificación y de racionalización de lo que parece incomprensible porque resulta inaceptable. Sin embargo, el sociólogo no puede actuar como un enviado especial.

Se trata de una suerte de expectativa desplazada que habita a las clases medias, los letrados, y que está presente incluso entre nuestros colegas en la universidad. Esta expectativa es el resultado a la vez de la distancia social, cultural y política, y de la inadecuación de los marcos de pensamiento de los que disponemos, y evidencia la dificultad de recibir el acto en la crítica. Una dificultad de aceptar las condiciones de producción de esos intercambios y esos conflictos. La dificultad, incluso la imposibilidad, de considerar esas piedras y esos cócteles molotov que caen en las bibliotecas como mensajes que las clases populares envían y que *nos* envían, de entenderlos como si fueran preguntas que desestabilizan tanto la política como la sociología. Si hubiera procedido de la manera en que mis interlocutores de clase media lo requerían y les hubiera preguntado a los jóvenes con los que conversé: “Pero ¿por qué incendiaste la biblioteca?”, habría cometido un terrible error metodológico. Habría producido un relato de justificación con efectos probablemente tranquilizadores, pero habría ocultado una buena parte de lo que ilumina el incendio de esas bibliotecas que observamos. Como veremos, la palabra existe, fluye torrencialmente, circula, reacciona, se multiplica. Pero una de las características de esas formas conflictivas es que uno de los actores no se propone para nada escribir el manifiesto o la

proclama con el cual reivindicaría sus actos. Y nosotros no tomaremos su lugar y no hablaremos en su nombre. Claro que no nos conformamos con observar las formas discursivas existentes y produjimos muchas palabras (sobre todo, a través de las entrevistas y durante nuestras observaciones), porque lo propio de la sociología es ofrecer una inteligibilidad de lo social distinta de la que producen los propios agentes en sus intercambios corrientes. Pero tratamos de no asumir el rol de aquel que escribe un discurso de justificación en lugar de los protagonistas que no lo hacen en la forma esperada por los intelectuales y los profesionales de la política.

Ofrecemos aquí inteligibilidad propia con la preocupación de restituir la complejidad de las condiciones de producción y de recepción de esos “mensajes de piedra”. La pregunta central, “pero ¿por qué se queman bibliotecas en los barrios populares en Francia?”, no debe necesariamente ser contestada en forma directa por el autor o los autores del incendio. Es una pregunta para desplegar a partir del conjunto de materiales aquí presentados, que apuntan a aportar elementos de respuesta y a captar al incendio en la densa trama en la que este actúa. En esta hipótesis de trabajo, una parte de la tarea queda reservada para el lector, que debe aportar su parte de respuestas. Este tipo de acción que tratamos de describir y comprender tiene la particularidad de ser colectiva y anónima. Como en la obra de Lope de Vega, “los reyes han de querer averiguar este caso” pero los habitantes de Fuenteovejuna comprenden que su salvación depende de la respuesta a la pregunta que el juez formulará durante sus investigaciones.¹⁵ A las preguntas: “¿Quién mató al comendador?”, “¿Quién ha sido?”, los habitantes del pueblo responderán uno tras otro e invariablemente: “Fuenteovejuna lo ha hecho”.¹⁶ Esta respuesta no tiene por único objetivo proteger a los autores materiales de la acción de la justicia y de la venganza de un poder ofendido. La respuesta reconoce los hechos, no los niega, pero hace del pueblo su autor y ubica así a la autoridad no frente a los individuos que habrían cometido un crimen, sino ante un pueblo que interpela al poder y lo pone frente a sus responsabilidades. Los crímenes son aquellos cometidos por el comendador y sus lugartenientes asesinados. No se trata desde luego aquí, en el marco de una investigación sociológica, de identificar con nombre y apellido a los autores y el sociólogo no es un

¹⁵ Félix Lope de Vega, *Fuenteovejuna*, Madrid, 1ª edición en español, 1619.

¹⁶ Fuenteovejuna era el nombre del pueblo donde sucedió el crimen, la respuesta sobreentiende: “todo el pueblo”.

oficial de la justicia. Pero la analogía con la pieza de Lope de Vega puede permitirnos ver un problema complejo. Una de las cosas que nos enseña es que la palabra circula de manera amplia entre los rebeldes que intercambian entre ellos y que festejan su rebelión con múltiples canciones. Pero la palabra se cierra ante la investigación y es precisamente ese cierre que da a la acción (el linchamiento del señor) el contenido de un mensaje enviado al poder y que inscribe en consecuencia el acto en el espacio público como una revuelta que no tiene entonces actores individuales. El acto cometido colectivamente invierte el orden de la acusación (las instituciones del poder devienen las acusadas) y, sobre todo, constituye un actor colectivo que, si hubiera cedido a las inquisiciones, se habría desagregado.

La política en un medio popular no está entonces exenta de palabra. Pero la palabra se mezcla muy delicadamente, y con cuidado, con otras formas de la acción. No se hace cualquier cosa, y el silencio tiene un valor. Es cierto también que la mayor parte del tiempo la palabra dormita como una “bestia dormida” en los pliegues de lo cotidiano. Luego, de golpe, la acción surge violenta como un tumulto que busca corregir esa situación que ha provocado su emergencia. Una de las características de la politicidad popular es quizás la tensión provocada por la búsqueda del interés y la defensa de la dignidad.¹⁷ Su propio interés puede conducir al pobre a la sumisión, en el mejor de los casos, a la artimaña. La ofensa es a menudo el origen de la revuelta. Las injusticias ordinarias de las instituciones conducen a las personas a hacerse invisibles. Pero, en general, esas mismas injusticias son las que provocan la rebelión. Y no es cierto que la revuelta no tenga sentido estratégico, que sea pura emoción sin ninguna razón, como si la cólera no tuviera razón. Los conflictos abiertos y la violencia recalifican la acción de las bibliotecas y, más aún, por su intermedio las clases populares intervienen mucho más allá de ese equipamiento en el seno del espacio social del barrio, e incluso a nivel nacional, provocando a los medios con acciones espectaculares. Como hemos dicho, después de la agresión a una biblioteca, esa escasa tasa de lectores que preocupa a los bibliotecarios, pero también a las autoridades, agentes de la cultura y maestros, no puede seguir siendo percibida como una indiferencia frente al libro. Los conflictos ponen en evidencia que este equipamiento percibido como “el más emblemático de

¹⁷ Numa Murard, “Dans le creux des récits de la pauvreté: la bête endormie”, en Pauline Beunardeau, Denis Merklen y Étienne Tassin, *La diagonale des conflits*, París, Editions de l’IHEAL, en prensa.

la República”, este equipamiento aparentemente neutro y abierto, no tiene nada de imparcial. También nos muestran por asimilación las alianzas que tornan solidarias a las instituciones (como la escuela, los servicios sociales y de vivienda, la policía y la biblioteca). Las piedras, los insultos y las llamas llegan para decir que la mediateca no está más allá de los conflictos. El incendio significa, por el contrario, que la mediateca no debe ocultarse detrás de su espacio abierto a todas y a todos, que debe asumirse en cuanto encarna la acción de un grupo social frente a otro, de una política pública que apunta a transformar la vida. Los incendios de bibliotecas nos informan sobre la política de las bibliotecas y sobre el lugar de los textos escritos en nuestras sociedades, pero nos informan sobre todo acerca de la evolución de una democracia que observa casi impasible cómo se agudizan las fracturas sociales que separan a sus ciudadanos en clases. Estos incendios son mensajes dirigidos a los políticos y a los militantes, a la gente de la cultura y a los gobernantes. Tratan de hacer ingresar en el espacio público lo que otros intentan hacer salir de él. Apuntan a la acción y al debate contra la inacción, la relegación y el olvido. Comprendemos mejor así la naturaleza política de un conflicto cuyas formas nos espantan, pero en el que está en juego la manera que tenemos de organizarnos para vivir juntos.

Nota a la edición argentina

La edición argentina de *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?* (¿Por qué se queman bibliotecas?) ha sido revisada por el autor hasta llegar a la forma que presentamos aquí bajo el título *Bibliotecas en llamas. Cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política*. La introducción general del libro fue corregida incorporando principalmente precisiones y aclaraciones a fin de adaptar el texto a un lector no siempre familiarizado con la situación francesa.

En 2013, fecha de la edición original en Francia, habíamos registrado 70 bibliotecas incendiadas. Esa cifra aumentó para esta edición a 75 casos, porque dos bibliotecas fueron incendiadas luego de 2013 y porque otros dos casos no registrados en aquel momento, aunque de fecha anterior, fueron integrados a la lista que figura en las páginas 60-61.

A principios de 2012, Heber Ostroviesky me propuso en París traducir y publicar el libro en la Argentina cuando *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?* no era sino un manuscrito en proceso de edición. Tradujo la mayor parte del texto y juntos resolvimos las principales dificultades del paso del francés al castellano. El resto de la traducción estuvo a cargo de Eduardo Rinesi, Florencia Dansilio e Ignacio Dansilio. Agradezco especialmente a Heber Ostroviesky por el impulso inicial y por la energía puesta en un proyecto ambicioso, y a cada uno de los traductores por el cuidado y el empeño que pusieron en la construcción de la versión castellana. La relectura y corrección de sus versiones en español del Río de la Plata ha sido para mí un verdadero placer intelectual. En algunos puntos importantes hemos homogeneizado criterios de traducción para restituir la unidad del texto original, pero el estilo varía a veces de un capítulo a otro en función del traductor y del modo en que cada uno de ellos interpretó mi francés, cosa que he querido respetar.¹⁸ Vaya entonces mi profundo agradecimiento a este equipo de cuatro que trabajó entre Buenos Aires y Montevideo en la traducción.

Eduardo Rinesi, entonces rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento, acogió el proyecto en la Editorial de la UNGS y comprometió a Horacio González, quien fue director de la Biblioteca Nacional de la Repú-

¹⁸ Heber Ostroviesky tradujo la introducción, los capítulos 2, 5 y 6 y la conclusión. El capítulo 1 fue traducido por Florencia Dansilio, y los capítulos 3 y 4 por Eduardo Rinesi e Ignacio Dansilio. Al inicio de cada capítulo se indica el nombre del autor de la traducción castellana.

blica Argentina hasta el cambio de gobierno y de autoridades de ese país en 2015, que nos honra con el prefacio a esta edición castellana. Agradezco también muy especialmente a Eugenia Leiva, directora de la biblioteca de la UNGS, quien se convirtió en una indispensable socia de la aventura intelectual sobre bibliotecas populares que este libro refleja. En ese espacio, es un gran privilegio ver este libro publicado hoy en la colección del Museo de la Lengua puesto a funcionar en la UNGS como resultado de una iniciativa compartida entre esas dos instituciones. Sin el entusiasmo y la energía de Eduardo Rinesi, este libro no estaría hoy en sus manos, estimado lector. Le debemos juntos esta edición.

Las *Presses de l'ENSSIB*, editorial de la *École Nationale Supérieure des Sciences de l'Information et de la Bibliothèque*, que publicó la versión original del texto, cedió gratuitamente los derechos para esta edición y financió una parte de la traducción a través de su centro de investigaciones Gabriel Nodé. Agradecemos también este esfuerzo importante en la difusión de la obra.

Este libro debe, pues, su existencia enteramente al esfuerzo de personas que trabajan en instituciones públicas, universitarios la mayor parte de ellos.

Denis Merklen, París, 20 de marzo de 2016